

La Pluma

AÑO II.

MADRID, NOVIEMBRE 1921

NÚM. 18.

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO

HACÍA tiempo que el cancerbero del cementerio de San Martín me había ofrecido abrirme el cementerio en la noche, y escogí una noche de luna para pasearme por entre sus magníficos cipreses, por las galerías que también sé y a muchos de cuyos inquilinos conozco.

Estar en un cementerio en la noche sería como haber entrado sobre el coche fúnebre y haber sido de alguna manera muerto.

* * *

Cuando se abrió la verja sentí que se abría la puerta del jardín interminable, del paraje traicionero, de la trampa de la vida.

Lo que se veía es que las veredas de luna estaban vacías, limpias, y se alargaban como internándose en la eternidad. Aun siéndome tan conocido el cementerio me pareció laberíntico y con abismos y lagunas de luna.

LA PLUMA

Los cipreses en la noche tenían algo de grandes penitentes nazarenos de los que van en las procesiones sevillanas de Semana Santa con el puntiagudo y alto capuchón sobre la cara y sobre la cabeza. En la noche los cipreses se alargan hacia abajo y se quedan sin tronco como si se cubriesen con una falda haldada.

Al internarme, todos los fantasmas de los muertos retroceden, y muy en fila, en grupo muy compacto, se retiran hacia sus límites, dejan libre la plazoleta.

Nunca he estado más en medio de nada, más aislado en el patio de lo muerto.

Sólo los toros que van a matar están así en los corrales del encierro la noche antes a la de que los maten. Yo veía también que sólo había unas horas después de todo entre esta noche y la de mi sacrificio.

Todo goza de un no ser descansado, excepcional, tranquilizador.

En el cementerio de noche no hay nada, sino cosas en su sitio. Todo está *guardado* como a ninguna otra hora y sólo las yerbas se desperezan, se sienten solas, no temen los pasos.

Los reflejos de las hornacinas son reflejos de cuadro en la pared de la habitación oscura; cuadros numerosos en el pasillo de la casa atestada de cuadros.

Son más claustales que nunca las galerías cubiertas y la sombra encuentra en ellas su grato soportal.

Las estrellas que lucen sobre el cementerio son estrellas muertas con luz vívida, son mundos, casas deshabitadas que es lo que más se parece a esta tierra sin nadie que es el cementerio—esas estrellas son cementerios alegres, cementerios de nadie—sobre este minúsculo cementerio sin luz. Hay más afinidad entre este mundo de los muertos y el mundo de las estrellas que entre el mundo de los vivos y el de las estrellas.

Yo como un indiscreto he presenciado este juego de simpatía entre las estrellas y el cementerio, pareciéndome que se comunicaban más, que se acercaban, llegando a posarse en los cipreses.

Los fuegos fatuos eran, más que fuegos de los muertos, ya demasiado desustanciados para eso, estrellas familiarizadas con el sitio por ser el que estaba más seguro de indiscreciones durante la noche.

La sombra de los cipreses en la noche es más oscura, más betuminosa, más encapuchada.

Aun bajo la luz de la luna no se ven los nombres de los nichos; se ven confusamente los renglones que inscriben al muerto, y pueden ser todos los apellidos de todos los hombres.

No vemos la lectura y nos dedicamos a ver el conjunto, las plazoletas, la línea de los tejados destacándose sobre el cielo, el cielo otra vez como si fuese esta noche el firmamento superficie del mar en que somos náufragos, alta superficie sobre la que van los navíos.

Todas las tumbas son como camas tranquilas, más tranquilas que por el día, pues tiene algo de oscura sala de hospital el cementerio.

Se comprende mejor la postura de los muertos. Son como tumbas acostadas sobre el césped. No son ni más ni menos que esas tumbas, son como lápidas, como piedras acostadas.

La estatua yacente, en la noche de luna, era más la verdadera muerta que siempre que la he visto de día. Esa insensibilidad de la piedra es la de la muerte. Se ven los muñecos de barro seco que son los muertos, que somos los muertos.

Con esta irresponsabilidad que voy adquiriendo ¿adónde voy a llegar yo? A nada. No haré nada. Tengo idea de la responsabilidad material que se adquiere en la vida y eso me hace quieto y tranquilo. Esa irresponsabilidad solo me hará más libre de pensamiento, más sincero.

LA PLUMA

La noche en el cementerio se va quedando hasta sin mí y ha habido veces que me he perdido y he dado voces de:

¡Ramón! ¡Ramón!

en medio de la noche y la soledad.

Al pisar un cristal roto en el suelo de las galerías, parece como si alguien hubiese roto el cristal de su nicho para salir; pero en seguida se borra esa impresión al sentir bajo la pisada los cristales rotos como si la víbora nos hubiese picado.

Las coronas están colgadas junto a los nichos como prendas colgadas a los pies de la cama.

Todo en la noche tiene aspecto de acantilado junto al que se ha roto el alma el gran buque, y que bajo la luna más espléndida, en el recodo más bonito de la gran ensenada de la noche, recuesta sus cadáveres, amontonados como los montones de peces recién pescados y muertos sobre las peñas de la costa.

Están de cuerpo presente los muertos en el rincón más perdido de la costa.

Los últimos patios del cementerio en la noche están lejanísimos al mundo, completamente al otro lado, y se pisa en la luna, sobre las nieves lunares, sobre los cráteres de la misma luna. Se podría decir que la tierra es la que ilumina a la luna y que hemos cambiado de residencia y la tierra está en lo alto, suspendida en los cielos, como un cuerpo celeste más muerto que jamás, pero con una luz más prestada que nunca.

En ese último patio del cementerio nocturnal se siente uno lejos de todos los serenos en la pradera solitaria en que merendar como muertos el queso de la luna, una rajita de queso de Gruyer.

Los conejos de la muerte huyen por todos lados.

Los sudarios de luna están tendidos a la luna.

Los cipreses están dormidos de pie.

Hay silencios caídos.

Hay trozos de sordera suma.

Lo que más vive son las entradas a otro patio, arcadas de sombra que parecen que dan a una habitación más iluminada, a otro corralillo con mejor luna, con luna de muchas más bujías, con waltios con la W más muyúscula de la noche, con un incendio de acetileno.

Como hace friillo en la noche lunada y llena de las espumas del mar eterno, sentimos ganas de descolgar nuestro gabán de los cipreses, esas grandes perchas de las enormes capas de la gran fábrica de paños del cipresal, gran fábrica especialista en trajes de invierno para los viejos de los asilos.

Los retratos duermen reclinados en el fondo de las vitrinas, más recostados que nunca sobre las lápidas.

Todos los nichos, con su cristal y su marco, son como relojes parados para siempre, relojes de comedor inútiles y empotrados en la pared.

En la noche de luna, esos trechos en que se abre de vez en cuando la pared seguida del cementerio, son trechos que dan a la luz, son desgarraduras desgarradoras de la muralla, poternas de la orilla lejana desde las que se ve la ciudad. ¡Qué lejos!

Los cardos secos nos arañan las piernas, a través de los pantalones, con sus uñas de diablos.

En las esquinas en sombra, en todos los esquinzos del cementerio, es donde se arrinconan los muertos más desgraciados, los más arrinconados, aquellos a los que no les llega ni de día ni de noche la atención de una mirada.

En el cuartel de los muertos el régimen de silencio es muy riguroso y en la noche no hay ni un vuelo ni el ruido de un muelle de cama.

¡Ah! Pero lo milagroso, lo conmovedor, lo inverosímil, lo que hace que nos demos con la cabeza en las paredes para comprenderlo,

LA PLUMA

es que los niños no lloren en la noche, no se despierten ya, duerman de un tirón, hayan sido ahogados. ¡Niños embalados hacia el París de donde vinieron.

¡Todos los niños están callados! La nodriza seca les ha cantado el:

Muere, niño, muere...

que da el sueño eterno. ¡Parece mentira que, no habiendo manera de dormirlos nunca, alguien los haya dormido de ese modo absoluto!

Esparciendo miradas, cada vez más despavoridas de soledad por los patios anfiteátricos, se ve lo que las paredes cargadas de muertos tienen de gran biblioteca, de plúteos altos con libros en infolio y anchos como las grandes guías de las poblaciones de quince millones de habitantes.

Con nuestra afición a leer y trabajar en la noche nos dan ganas de dirigirnos a uno de los estantes, y sacando uno de esos grandes librotos con la historia clínica de ese señor y con todos los detalles de su existencia, colocarlo sobre cualquier atril, y tirando de la lámpara de la luna, como de esas de corredera que penden de los techos y que tienen un contrapeso con perdigones, leer hasta las veces en que se echó una lavativa el biografiado, toda la historia de todos los instantes.

Esas imaginaciones extrañas acuden a nuestra mente en los patios silenciosos. Aquello es mucho más amplio e intrincado de lo que creíamos, de lo que hemos comprobado tantas veces por el día.

No sé por qué se me ocurre asociar la idea de un coto de caza a estos boscajes cerrados y me parece como si estuviese lleno el paraje silvestre de los cartuchos vacíos, desperdicios de los tiros que sirvieron para hacer cada víctima de las allí enterradas. Como fusilados contra aquellas tapias son todos los que reposan allí, a la sombra de toda ley impertinente, pues ni a través de los párpados tienen

ese resol inaguantable que hasta el ciego o el que duerme ven siempre.

¡Paraje en el que quedarse como un loco dando vueltas siempre, meditando siempre, con el pensamiento desvanecido en la soledad avanzada del viejo cementerio!

Aquella estancia en la noche del cementerio me hizo acostumbrarme a la noche de la muerte, y desde entonces sé cómo va a ser la larga borrachera de sueño en la tierra que no ve, en la ciega naturaleza, en la noche igual que el día.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA





EL JARDÍN DE LOS FRAILES ⁽¹⁾

V

El rapto del espíritu en lo bello natural era un modo de arribar súbitamente a cierta felicidad donde cesaba la pugna entre la inclinación y la ley. Por vez primera el antagonismo se resolvía en mi favor. Triunfaba de todo límite, y al aprender a evadirme así de aquella vida estrecha, no cesé de alabar el tesón con que había mantenido mis esperanzas. ¿Venrían gentes al mundo con sobrada capacidad de sentir, no más de para guardarla incólume en alguna mazmorra y gozarse solitariamente en ella, como el avaro recuenta sus riquezas estériles? La coerción externa, el comercio humano habían empezado a enseñarme quién era yo y a podar y mondar de sus brotes espontáneos mis impulsos. Privación dolorosa, pero interina; yo lo sabía. Tras de comparar la generosidad de mis sentimientos, tan bien medidos con las sollicitaciones bellas del mundo, y la cautela o la álgida apatía de los bárbaros, lo que deduje no fué mi impotencia, sino la indignidad ajena. A otros les convendría esquivar el dolor a fuerza de estar quietos, y proclamar unas máximas destiladas de la cobardía y los desengaños; mas yo no quería admitir que hablasen en mi nombre

(1) Véase LA PLUMA de septiembre y octubre de 1921.

las conciencias escarmentadas. El auge de mi vida sentimental era fenómeno nuevo. No pertenecía a ninguna experiencia anterior. Y esa fuerza pura, aún inorientada, yo sabría emplearla con el fausto y la dignidad pertenecientes a su grandeza y agotarla sin más norma que mi arbitrio... Pero antes sería menester sofocar las voces del miedo. Decían tanto mal de mi demonio interior, que si me sorprendía a mí mismo contemplándolo y deleitándome en sus promesas, el pavor me congelaba la raíz del pelo, como si estuviese ya cautivo de un infortunio irrevocable. Eran de calidad vil los motivos que me determinaban, pues en último caso reducíanse a temer o no los resultados que me trajese la conducta. La razón más persuasiva que el antagonista acertaba a insinuar en mi conciencia era la del «amargor de los frutos de las pasiones», incitándome mansamente a precaver el chasco postrimero con no apartarme de la vida descansada en que consiste la ventura asequible. Mas no importa el sinsabor de los frutos, sino alcanzarlos en sazón. Me repugnaba inmolar la vida al remordimiento. Y la renuncia, tan alabada, y el desvío cerca de las emociones proscritas, no me aportaban tampoco la sedación ni la paz que me prometieran. Yo no tenía espíritu de sacrificio, ni humildad, ni el don de lágrimas; no podía zambullirme en el deleite de mi abnegación, que es un modo de consuelo, ni admirar mi heroísmo y suputar el premio; la acritud del corazón me forzaba a ser sincero: mi inhibición era el despego soberbioso de quien no se arriesga a sufrir chafaduras en el amor propio. En estos coloquios recatados, que abrieron, sin notarlo yo, el surco por donde ahora puedo remontar a los albores de mi vida moral, solía prestar a mi contradictor interno el asentimiento bastante para eximirme de su acoso; pero aunque no la nombrase, llevaba yo bien guardada la certidumbre de que todas estas cárceles se derrumbarían; y si aquel miedo infuso me dejaba, la alarma venía a sobrecogerme ante el rápido discurso de las horas, que pasaban sobre mí con levedad, sin dejar rastro.

LA PLUMA

¿Qué sortilegio me echaban el aire y la luz para suspender mis diálogos y elevar el alma a ese punto en que se borran la acepción de bien y de mal y los deseos? Virtud de la contemplación, que lleva al aniquilamiento si la caricia en los sentidos nos hechiza y el pábulo del pensar, derretido, se evapora, dejándonos en una quietud transparente, sin contornos, deshecho el dualismo vital de hombre y mundo. En tal desleimiento de la persona consistía, a mi entender, la sumidad de la vida; era, por el contrario, un modo de perderla, de abolir la reflexión, de no parar los ojos en la historia de hombre que empezaba a gravarse con dolor en la haz de la conciencia. Narcótico era, manantial de placeres puros, esto es, sin mezcla. Por gozarlos busqué cada vez más el tacto con la naturaleza. Pedíale la exaltación sensual que me arrebatase al pasmo ya gustado. No la encontré siempre sumisa a mis antojos. Se entregaba cuando menos podía yo esperar. A veces, las más, era inútil mi solicitud. En vano daba yo suelta al raudal emotivo que artificialmente acertaba a suscitar: no se producía aquella unión misteriosa. Era tanto como acariciar a una estatua. Entonces mi capacidad amorosa se atenía puramente a lo concreto: ponderaba las formas, los colores, la proporción, los aromas, los sonidos, sin pasar a más. Y de esta contención, de esa sobriedad, por las cuales fué así cómo enumerando los objetos y sacándolos de la masa donde antes estaban empotrados, vino el liberarme de la pavorosa impresión de mi pequeñez con que el mundo, hasta allí indiviso, me agobiaba. Me desembaracé de algunos sentimientos, incorporándolos en las cosas. Empecé a poblar el mundo exterior con engendros de la fantasía. Reiné sobre los seres, y dispuse de ellos como de material para mis juegos, que no eran ya de niño. Hice solio de la ventana de mi celda, que daba a los Alamillos, y desde allí fuí metiendo en las fuerzas naturales la intención de que antes, estúpidamente, carecían. Echaba sobre los cerros cogullas de niebla, si estaba triste; apagaba los ruidos del mundo con mantas de nieve;

dilataba los cóncavos cristales de la noche cuando era mayor mi aliento; y si el mal humor me infundía propósitos malignos desataba los vientos rabiosos, dejándolos noches y días enteros correr por las pizarras y desgarrarse las fauces con los aullidos. Mi inspiración peor deleitaba a las señoras, y más aún a las hijas de las señoras que a la puesta del sol cruzaban por los Alamillos, de vuelta del Paseo de los Pinos. Componía un cuadro con luz de ocaso, y brumas sutiles y resplandor de lumbres de pastores, lejos, y humaredas densas enredadas en los árboles, y unas puntas de ovejas que volvían de la Herrería al colgadizo de la huerta a dar de mamar a los recentales. Olor de leñas quemadas, vaho de hojas en putrefacción, balidos lastimeros: todo estaba a punto.

—¿Os gusta?—deciales a las damiselas.

—¡Oh, sí! ¡Mucho! Y ponían lánguidamente los ojos en las ventanas del colegio. Pero a mí me cargaba su excesivo amaneramiento, y apenas las novias habían dado la última vuelta por el jardín, de un empellón sumergía el cuadro en la tiniebla.

Por esos portillos empecé a salir de mí mismo, y tal es la deuda más grave que tengo con El Escorial, o mejor, con su campo: en la edad de ordenar por vez primera las emociones bellas, me sobrecogió el paisaje. La obra humana, el Monasterio, quedaba aparte, ininteligible, no sé si diga hostil. O lo admirábamos a bulto, sin saber muy bien por qué (acaso por su grandor), o veíamos una obra extravagante, cargada de intenciones anacrónicas, que no hacía presa en nuestra sensibilidad ni acertábamos a explicar según los modos de que nuestra razón iba aprendiendo el uso. Vislumbro el origen de aquella tendencia a mirar el Monasterio como un error grandioso, no sólo en que el intelecto, viniendo más tardío, era incapaz aún de penetrar el secreto de esta obra, superior en dignidad—como del ingenio humano—a las obras naturales y de menos fácil acceso al espíritu que las sugerencias patéticas del paisaje; pero además en el

encargo de contemplar el monumento dentro de su representación histórica, sobreponiéndole un valor de orden moral, significativo, que postergaba su valor plástico. Pienso que así quedaba desconocido el Monasterio, llevándonos a medirle por el mismo canon que la expedición de la Armada Invencible.

¿Pero qué hacer de esas experiencias mías, ni cómo emplear los hallazgos, por mínimos que fuesen, fruto de mi actividad personal? Yo no sabía si estaba enriqueciéndome o si, más bien, era el rico ocioso que despilfarra sus tesoros. Lo mejor de mi vida no era sino vagabundeo, holganza pura, indisciplina, visto que desde ese campo donde solía merodear, al cercado de mis obligaciones no había tránsito prevenido. De cuantos deberes nos imponía el colegio, los únicos que prendían en realidades presentes en nuestro espíritu eran los deberes religiosos, ya los acatásemos devotamente, penetrados de temor cristiano, ya suscitasen en algún corazón rebelde angustias mortales. Pero un hombre no tiene sólo el alma para jugársela a cara o cruz con el demonio. Tan claro es esto, que aparentemente gastábamos lo más del día en trabajar por ornamentarla, salvo que, ese trabajo carecía de conexión con la vida superior del espíritu. Yo había visto en el presidio de Alcalá a los penados tejiendo pleita. No puedo representar mejor mi estado. Un ser sin cerebro, una máquina, hubieran dado cima a nuestras tareas con más puntualidad y no menos brillantez que nosotros. De manera que para aligerar el trabajo maquinal, era útil enseñarse a hacer trampas.

VI

Declaro con rubor que fui en El Escorial un alumno brillante. Si me contase en el número de las personas que, a falta de mejores títulos, o por perversión del estímulo de la simpatía, pretenden ele-

vase en el aprecio ajeno ponderando las dolencias que han padecido, no podría vanagloriarme de otra más grave que el envenenamiento característico del escolar aventajado. Me abstengo de hacerlo por urbanidad y por no empeorar con una superchería el pecado contra el buen gusto.

Debí de parecer, siendo estudiante, un caso mortal: desparpajo, prontitud, lucimiento alegre. En las degollinas de fin de curso (clases enteras sacrificadas por clerofobia del catedrático o por rigores de un sabio de fama local, demasiado convencido de la importancia de su asignatura), yo era de los dos o tres que se salvaban, y me salvaba con gloria. Mi ruta natural ya se columbraba desde aquellas tesis que sostenía en nuestros certámenes, desde aquellas notas excelentes. Un joven de provecho triunfa en la vida si, apenas salido de la Universidad, promulga sendos folículos sobre el «Estado social de la mujer» y la «Necesidad de mejorar la aflictiva situación de las clases trabajadoras»; si asiste en un bufete conspicuo y granjea, sacando de penas a la hija de algún mastuerzo, además de una entrada legítima en el cercado de Venus, otros bienes—entre los que suele contarse una manada de electores numerosa—, menos fugaces que los deleites severos del connubio. Por dónde iba, paso a paso, la ilación entre nuestras tareas de colegiales y esas cimas vertiginosas, yo no lo sabré decir, pues me senté en el comienzo del camino; pero quien daba suelta a la ambición calculadora y se ponía a conjugar sus fines y sus aprestos, tasaba al punto nuestros trabajos en su valor positivo: la gimnasia del entendimiento, absorbiendo la ley de las Doce Tablas, el Decreto de Graciano y diversas refutaciones del panteísmo, permitía escalar el solio de un cacigazgo rural; el matrimonio de ventaja, el mandato en Cortes, un ministerio, eran los grados siguientes a la licenciatura y al doctorado en una facultad que empezaba descifrando a Irnerio para terminar naturalmente al servicio de Sagasta (entonces era Sagasta), con sólo sustituir valores iguales, a

LA PLUMA

compás del progreso de nuestro espíritu. El cálculo se robustecía en la contraprueba: fuera del adelanto en esa senda, nuestros conatos no daban de sí maldita de Dios la cosa. Tal sería también mi destino; tal mi vocación presunta.

Si alguno de mis buenos maestros, en la esfera donde está, compara aquellas promesas y estos frutos, podrá decir que he malogrado sus desvelos, pues la inteligencia sirve, no para encontrar la verdad, sino para conducirse en la vida, y a mí me habían puesto desde jovencillo en el carril de los triunfos. Cierto: les volví la espalda; desmentí los vaticinios más claros; abrasados fueron aquellos años, aventadas sus cenizas. Lo digo sin amargura, sin furor, no obstante el peligro en que estuve, pues ahora sólo me place recordar que me salvé. Salvarme fué, más que cordura, virtud de la indolencia. Porque escatimé el esfuerzo, la infección no pasó a mayores, a pesar de los síntomas. No puedo alabarme siquiera de haber corrido una borrasca intelectual. Salí del colegio sin adquisición alguna; nada tenía que abandonar ni que perder. Armas de cartón me habían dado para un combate en que, por suerte mía, yo no estaba propenso a entrar; las arrojé sin duelo, me encontré a mis anchas, no busqué para el caso otras mejores. Dijeron que era descarrilar y que me perdía. Sea. No he llegado a hombre de presa ni, cuando menos, a prohombre. Me consuelo, pues mi fuerte ingenuidad me hubiese celado el espectáculo de mi encumbramiento. No habría sabido juzgarme, ni vivir desligado íntimamente de las cosas. No soy santo; ni humorista, ni, creo yo, lo bastante canalla para no haberme entusiasmado con mi propia obra. En el ápice del poderío, más aire me hubiese dado a Robespierre que a Marco Aurelio: hubiese tomado en serio mis gestas, sin prevenir resguardo para mirarlas del revés; elevado al rango de portavoz de vaciedades comunes, como me falta el cínico despego de los canallas (nada puedo regatearle al afán del momento), habría dado a luz un varón togado, con ínfulas de apóstol, y engañádome

a mí mismo por no engañar a sabiendas al prójimo. Cabalmente, ese es el personaje que más detesto.

En mis triunfos fáciles no sé con certeza quién defraudaba a quién: si yo al colegio, echando por el atajo de la memoria, que era menor esfuerzo, o el colegio a mí, dejándome sobredorar metales inferiores. Entonces creía yo ser el matutero. Por buen sabor que tuviese el descanso adquirido con engañosas, no dejaba de sentir el malestar de quien vive agobiado ineludiblemente por tareas ingratas, de las que se alivia un poquito desviando la atención. Conocí el suplicio de tener escindidos el trabajo y el cuidado; pocos hay que más duelan. Fijar el ánimo por el trabajo mental y acompañarlo merced al esfuerzo sostenido no se alcanzaba nunca. En nuestro espíritu había un desequilibrio tormentoso. La atención se iba de merodeo por los mundos imaginarios: también eso era cansado, insuficiente, y venían la expectativa desasosegada, el deseo confuso de sentar el pie, de hacer presa. Si el colegio nos parecía una suspensión temporal de la vida propia, debíase, más que nada, al sobreseimiento en la cultura de la inteligencia. Allí era el hacer que hacíamos, el dejarlo todo para mañana. No digo que anduviésemos ansiosos mendigando de los frailes el saber y nos afligiera quedar insatisfechos. Cierto: un entendimiento activo, original, pujante, habría padecido con tal régimen privaciones análogas a las del lascivo en abstinencia forzosa. Pero nosotros debíamos de ser perezosos en demasía; nos resignábamos a estar a dieta. Esa conformidad casa muy bien con el desasosiego que germinaba en el baldío del intelecto; no lo destruye, lo corrobora. Nos faltaban, simplemente, estímulos serios. Pocos dejábamos de advertir la inanidad de nuestros conocimientos. La vida intelectual robusta no podría empezar justamente hasta salir del colegio. Todo cuanto en él adquiríamos era para olvidarlo en el punto de llegar a hombres. Tantos programas y libros, tantas clases, tantos exámenes no eran sino para ganar ciertas ha-

LA PLUMA

bilidades de orangután domesticado, habilidades caedizas, de las que nadie volvería a pedirnos cuenta en la vida. Esfuerzo que empleásemos en adquirirlas, esfuerzo perdido. Nuestra inteligencia era menos pueril de lo que pensaban los frailes; afectábamos un candor, una docilidad de entendimiento que, en el fondo, no teníamos. Los frailes, sin recatarse, estrechaban el campo que nuestra curiosidad, mejor estimulada, hubiera debido explorar... Había cosas que era malo, o peligrosamente inútil, o, cuando menos, prematuro saber. El toque estaba en distinguir la ciencia falsa de la verdadera: una valla, erigida hace veinte siglos, las dividía; del lado de acá, de nuestro lado, lucía la verdad, pronunciada de una vez para siempre; en el otro se amontonaban los errores tenebrosos. Lo más de la historia del pensamiento humano quedaba a la parte de afuera. Y uno retrocedía, vagamente conturbado, ante predestinación tan fuerte. Entreveíamos el fraude piadoso, y que al fin habíamos de hacer un descubrimiento análogo al de que los niños no vienen de París; más: ya lo habíamos descubierto; fingíamos no saberlo; y esa inocencia simulada, necesaria para llegar pacíficamente al cabo de nuestra ruta escolar, empezaba por corromper la fuente de la probidad intelectual, hacía sospechosa toda noción, minaba las bases del respeto al saber, era la causa última de la desgana, del insondable descontento.

Aprendimos, como era debido, a refutar a Kant en cinco puntos, y a Hegel, y a Comte, y a tantos más. Oponíamos a los asaltos del error buenos reparos: «1.º, es contrario a las enseñanzas de la Iglesia... 2.º, lleva derechamente al panteísmo...», y otras rodela imperforables. El positivismo le disputaba al materialismo el calificativo de grosero. El panteísmo era repulsivo. ¡Lo que nos tenemos reído del judío Spinoza! Y el día en que el Padre profesor de Derecho Natural nos leyó, para escarmiento, unas líneas de Sanz del Río, quedamos bien impuestos del peligro que hay para la sana razón en apartarse del redil. A Hegel le reducíamos sañudamente a polvo. Tomá-

bamos ejemplo del catedrático de Madrid, quien, tras de explicar una lección tocante al hegelianismo, decía el muy socarrón: «Ya que hemos acabado con Hegel...» Era el enemigo más temible. Lo prueba que el mismo catedrático disparaba este argumento: «¡Señores: Hegel fué monárquico...!»; y si al Padre C. se le ocurría decir, como quien dice algo: «Hegel, una de las inteligencias más poderosas que se han paseado por la tierra...», parecía una gran concesión.

Más rebeldes que a la conservación de la doctrina éramos a la restauración de los modos. En los certámenes había que discurrir por silogismos. Dos veces comparecí ante el colegio en pleno a sostener tesis de encargo. El Padre Blanco me confió la primera: «De la belleza como cualidad suprasensible.» Sería entonces cuando fundé mi reputación. Al año siguiente nos pusimos a desenredar en público los pleitos de un ciudadano romano. Presenté mis conclusiones. El adversario me asestó un silogismo violento. Sin rendirme, clamé:

—¡Niego la mayor!

—¿Cuál es la mayor?—replicó, desconcertado.

Aquella noche no discutimos más.

MANUEL AZAÑA

(Continuará.)



ALCOR

*Esta es Castilla. El horizonte,
cerrando la alta esfera,
define en derredor un pensamiento,
vasto descanso,
cumbre y remanso
del espíritu puro.
Esta es Castilla. Tierra y cielo.
Errante la mirada
vaga en el denso mar. Y no descubre
fronda ninguna verde
en que la luz se temple. Hasta que octubre
da con sus alas grises una sombra
gigante. Soledad.
Esta es Castilla. Hace los hombres
y los pierde.
Los pierde en la retórica
de que pletórica la Musa Hispana
se muestra aún arrogante.
Cante el mantenedor, cante el poeta
de los juegos de feria provinciana
acordados la lira y el discurso
al fácil tópico,
la vana pompa de los mitos oficiales.
Yo cuando quiero flores naturales
las cojo en el campo.*

*No en éste al que la gracia
del prado ameno y variopinto,
del arroyuelo
sereno y claro la corriente limpia,
del valle perfumado
la regalada umbria,
Madre Naturaleza niega dura.
No en este yermo.
Sino en el campo
que labra mi deseo
día tras día,
regado por mis ojos
con las lágrimas vivas del recuerdo,
campo tan ancho como el mundo,
pero cerrado como un huerto,
campo todo florido
como un jardín edénico
desde que mi sentido
lo ha descubierto,
por la fragancia del corazón, dentro del pecho,
campo mio,
en tanto no haya muerto
la luz en mí, y con ella
la virtud de este verso:
Hoy, en la eternidad del universo.
Hoy, soy;*

*en el presente
vivo en tanto que aliento;
ayer, mañana,
son sombras en el tiempo,
larvas,
espectros,
cosechas, siembras, hechas
con la solemnidad del movimiento
atávico,
con que ya usaba la hoz y el biello
el labrador de los campos góticos;
o con el ánimo moderno
del que en la máquina aprovecha
el esfuerzo
del cálculo,
para romper el suelo,
para vencer el aire,
para esquivar el trueno.
Mas en el fondo
todo es uno y lo mismo,
mañana y ayer son
abismo
a no ser la creación del pensamiento:
Ver y entender
en el momento.
Abro los ojos, miro.*

Veo:
Tierra de campos. Campos llanos.
Sobre los llanos un alcor.
En el alcor hay un castillo,
ruina de un feudo sin señor.
Castillo, no en el aire,
firme en el suelo,
baluarte que aún defiende,
enhiesto,
fantasmas, quimeras,
vagarosos ecos
de una voz sin tono.

Y entiendo:
No la torre
del homenaje sin acatamiento,
ni el suspiro
que entre sus muros finge el viento,
me traen a este retiro,
a apoyar en la barba el pensamiento.
No el honor de una gloria pretérita,
ni de anticuario el goce enfermo,
mas el hacer mi morada interior
y contemplar desde el alcor
la nada.

C. RIVAS CHERIF



LA LEY DE DIOS

DRAMATIS PERSONÆ

La familia López:

- DON JUAN BAUTISTA LÓPEZ.**—Sesenta y cinco años. Solterón. El público no le ve ni le oye, pero está siempre presente.
- JUAN BAUTISTA GONZÁLEZ.**—Un año. No habla, pero duerme y se ríe.
- DOÑA ISABEL LÓPEZ.**—Sesenta años. Solterona. Es la santa de la familia y a la que todos obedecen por su discreción y por su dinero.
- DON FELICIANO LÓPEZ.**—Cincuenta y cinco años. Un hombre como un castillo, pero cobardón y fácil de lágrimas. Piensa constantemente en sus hijos, sobre todo en Veremundo, presuntos herederos de la fortuna de la familia. La adulación a su hermana Isabel determina todas sus acciones.
- DOÑA FRANCISCA.**—Cincuenta y dos años. Su esposa. Avara como su marido. Muy fresca.
- DOÑA AURORA LÓPEZ.**—Cincuenta años. Casada. Sin hijos. Amargada por esta circunstancia, pero tan codiciosa como sus hermanos.
- DON BENIGNO.**—Cuarenta y cinco años. Médico que al llegar de titular al pueblo hizo la cura de Aurorita y desde entonces sólo receta a los criados de la familia. Su carácter tímido se acentuó más por miedo a su mujer y hermanos.
- TERESINA LÓPEZ.**—Veinticinco años. La última de los López, bonita, mimosa. Su marido concluyó de estropearle el juicio. La codicia de ella se desvía hacia el afán de tener dinero para gastarlo.

LA PLUMA

ANTONIO CEBALLOS.—Su marido. Veintisiete años. Teniente de Caballería. Se casó porque la chica era rica y porque se le parecía a una cupletista de quien fué el *souteneur* por mucho tiempo. Procura educarla en la misma escuela.

DOCTOR D. BERNARDO CANO.—Médico viejo. Practicón resignado. Un fondo de honradez y benevolencia. No puede beber una copa de vino sin declararse anarquista.

DOCTOR AMORETO.—Médico joven. Con talento y alguna petulancia. Aspira a la clientela de su compañero. Pertenece a los adoradores de la piedra, entendiendo por piedra el gesto que le haga medrar.

SEÑOR HENESTROSA.—Notario cuco dispuesto a nadar en río revuelto, pero guardando la ropa.

DON APARICIO.—Párroco de Andux. Un gañán sin educación. Ignorancia absoluta que le hace irresponsable de sus acciones. Cree que Dios está al servicio de los ricos.

TÍA CATALINA.—Cincuenta años. Para ella el amo lo puede todo. Codiciosa, amoral. Madre de

MARÍA DEL PINO.—Veinticinco años. Madre de Juan Bautista el pequeño. Una sierva.

LUCAS.—Sacristán.

SANTIAGO EL MAYOR.—Labrador.

ESCENARIO

Un salón rústico en casa de gente bien acomodada. Mesa, sillones, sillas. Dos puertas en el fondo, a la galería. Dos ventanas laterales con cristales. Todo macizo, fuerte, hecho para la inmortalidad. Forman contraste algunos muebles modernistas de muy mal gusto. Imágenes de santos, cromos y un retrato al óleo del fundador de la dinastía, don Veremundo López, con leontina y bastón; la cabeza es muy pequeña para los hombros y sobre todo para las manos, que parecen dos racimos de plátanos. Hay un reloj que no marca la hora para que no se estropee.

DR. CANO.—Resumen, amigo y colega: hemorragia cerebral, forma apoplética, hemiplegia de origen central. Pronóstico: grave, gravísimo, de toda gravedad (*cambiando su voz doctoral por otra familiar y francotona*). Amigo mío, hay que conformarse con la voluntad de Dios; su cu-

ñado no llega a la madrugada. Creo no decirle nada nuevo con estas palabras; usted ha visto bien el caso y lo ha tratado conforme a ley. (*Sigue un largo silencio. Benigno, con la cabeza baja, y liando maquinalmente un cigarrillo.*) ¿Se le ocurre algo nuevo, compañerito?

DR. AMORETO.—No; no, señor; estoy conforme con su opinión de usted. Pero...

DR. CANO (*con sonrisa malévol*).—Diga, diga usted, joven. En medio de todo, ustedes los recién llegados de los grandes centros científicos pueden aportar otros datos, indicar otros agentes, para nosotros los practicantes olvidados o desconocidos.

DR. AMORETO.—Nada de eso, maestro. Era solamente añadir como un dato más a la hermosa historia clínica por usted explicada. Sabe usted las modernas orientaciones de los clínicos hacia la arterioesclerosis como causa de las lesiones arteriales de origen central: nuestro enfermo tiene todo el aspecto de un arterioesclerótico en período de hipertensión.

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO.—Además, he oído decir, y si don Benigno me perdona que lo repita..., que sus costumbres...

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO.—Parece que bebía... ¡Oh, no! (*respondiendo a un gesto de don Benigno*); no digo que fuese un borracho...; además, hombre mujeriego...

DR. CANO.—Cierto... cierto...

DR. AMORETO.—Añadamos, señores, la edad...

BENIGNO.—Sesenta y cinco años.

DR. AMORETO.—No es para morir de viejo...

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO.—Pero sumemos todas esas concausas, demos a cada una la importancia etiológica que tienen, y entenderemos con pasmosa claridad, con esa claridad meridiana con que brilla la verdad médica, el origen del cuadro morboso actual.

DR. CANO (*después de un silencio*).—Ciertísimo, estimado colega. (*Otro silencio.*) Siga, siga usted.

DR. AMORETO (*muy cortado*).—Nada más...; no tengo más que decir...

DR. CANO.—Como usted ve, Benignito, la magnífica disertación de nuestro joven colega, el análisis tan hermosamente hecho de los orígenes del mal, no ha de remediarlo.

BENIGNO (*después de otro gran silencio*).—¿Y qué creen ustedes...? Ustedes, príncipes de la medicina, médicos de la capital...

DR. CANO.—Declino..., declino...

DR. AMORETO.—Yo también declino.

BENIGNO.—No; no, señores; yo, un pobre médico rural, les ha llamado porque así lo creo...

DR. CANO.—Bueno..., bueno...; pase usted de largo..., digo, por mi parte...

DR. AMORETO.—También por la mía.

BENIGNO.—¿Qué opinan ustedes de... su inteligencia...?

DR. CANO.—¿De su inteligencia?

BENIGNO.—¿Creen ustedes que se halla en disposición de testar?

DR. AMORETO (*con rapidéz*).—Ni pensarlo. Hay una completa obnubilación de todas las facultades... El choque cerebral, la apoplejía..., ¿no es esto, maestro?

DR. CANO.—Diré a ustedes. Yo en mi larga práctica he visto casos milagrosos. No creo que en éste pueda darse tal contingencia.

DR. AMORETO.—¡Imposible!

DR. CANO.—Nada hay imposible, joven colega...; pero ya he dicho a usted que todas las probabilidades son de muerte...

BENIGNO.—De modo que en la actualidad ustedes no creen posible que pueda testar...

DR. CANO.—Ni con intérprete, amigo mío.

DR. AMORETO.—Piense usted que esta lesión radica en la circunvolución frontal ascendente, en la parietal descendente, toda la zona Rolandice.

DR. CANO.—Cierto. Toda la zona Rolandice...

* * *

AURORA (*entrando precipitadamente*).—¡Ha hablado! ¡Ha llamado a Isabel, y con los ojos ha pedido agua! Se ha bebido una copa...

DR. CANO.—Ya les decía a ustedes, se dan casos...

AURORA.—Ven, Benigno...

DR. CANO.—Vaya usted. Aquí aguardaremos.

DR. AMORETO.—Yo voy con usted; quisiera persuadirme del fenómeno.

* * *

FELICIANO (*entrando*).—Isabel, insiste en que suban pronto...

TODOS (*menos Dr. Cano*).—Vamos allá.

* * *

LA PLUMA

DR. CANO.—Aquí les aguardo. Don Feliciano me hará compañía.

FELICIANO.—Sí; yo no puedo ver esas cosas. Desde hace tres días estoy tan enfermo como mi pobre hermano.

DR. CANO.—Y usted, amigo mío, ¿oyó que el enfermo llamaba a Isabelita?

FELICIANO.—La verdad, yo no oí nada; pero las tres mujeres creyeron... una dijo que sí, que había hablado, otra le preguntó si quería agua, y entre las tres le pusieron en los labios una copa, y entre la que tragó, y con la que se derramó, allá la vaciaron... No sé..., no sé...; estoy enfermo.

DR. CANO.—Un caso de sugestión. Y diga usted, amigo mío, ¿qué empeño tiene su cuñado en preguntar si el enfermo puede hacer testamento? ¿Es que pensaba en mejorarle?

FELICIANO.—No, señor don Bernardo, es algo más grave y que a todos nos alcanza. Figúrese usted...; pero hasta vergüenza me da de hablar de estas cosas en este momento... mi pobre hermano moribundo...

DR. CANO.—¡Ya, ya...! Cosas de familia..., intereses mezclados...; no, no insisto...

FELICIANO.—No es ningún secreto. Aquí todo el mundo lo sabe..., pues, un solterón..., más de sesenta años, y además, ¿por qué ocultarlo?, por ser el más viejo de nosotros no alcanzó los buenos tiempos de mi padre..., su educación se resintió de eso..., no pudo asistir a los colegios... y después ya no quiso; decía que para labrar la tierra ya sabía bastante y que lo demás era cosa de señoritos... y se reía de nosotros, queriéndonos mucho; eso sí, nos quería mucho, sobre todo a Isabel y a mí... Isabel quiso amansarlo, pero él se reía y no le hacía caso... No salía del campo, siempre sobre la tierra, disputando por el agua o por los abonos, vestido y calzado como un patán, fumando virginio, bebiendo ron y gozando con el trato de peones y gentuza. ¡Y un talento! ¡Y un corazón!

DR. CANO.—Sí, sí, lo sé. Bastantes veces le he atendido en mi consulta. Siempre me recomendaba sus mayordomos, sus jornaleros y asalariados. Era uno de los fieles a mi vieja iglesia. No se dejaba seducir por los apóstoles nuevos.

FELICIANO.—Sí, señor don Bernardo, siempre tuvo en usted una fe completa y ciega. Siempre decía: «Médico viejo y zapato viejo.» Para él era un suplicio estrenar unas botas.

DR. CANO.—Tiene gracia.

FELICIANO.—¡Pobre hermano! ¡Era un talento! Y vea usted, aquí se encerró en este caserón, lejos de poblado, y aquí ha vivido en compañía de mi santa hermana Isabel, mientras nosotros disfrutábamos de todos

los goces de la sociedad. Él nos decía: «Diviértanse; yo cultivo la hacienda que ha de ser de todos.» Siempre insistía en esto: en que su hacienda era para sus hermanos. Y así trabajaba y así, roturando riscos y allanando laderas y comprando lotes de vecinos en apuro y construyendo represas y alumbrando aguas, llegó a formar esta posesión, lo mejor y más rico de la Isla. Usted la conoce como todos en esta tierra. Es una bendición.

DR. CANO.—Valsendero. Da tantos plátanos como todo el resto de la Vega. Don Juan Bautista era... es... el agricultor de más ojo y más conocimiento que he conocido. ¡Qué lástima que esto se reparta, amigo don Feliciano!

FELICIANO.—¡Qué vamos a hacerle! Si Juan Bautista pudiera expresar su voluntad, de seguro que pensaría en mi santa hermana Isabel y en mis hijos, pero...

DR. CANO.—¿No ha testado?

FELICIANO.—No señor, no ha testado. Hace tres días que hemos preguntado a todos los notarios, registrado los armarios todos, y nada... ni una nota.

DR. CANO.—Ahora me explico la pregunta de mi compañero y cuñado de usted, Benigno Santos. Temía que a última hora pudiese hacer testamento.

FELICIANO.—¡Así fuera! En medio de todo mi hermana Aurora, su mujer, no ha tenido hijos, ni probablemente los tendrá, y es probable que andando el tiempo todo quedará en casa. Le estoy hablando con el corazón en la mano; usted es como un confesor.

DR. CANO.—Cierto..., cierto... ¡Ah! ¡Ahora entiendo! Esta, su otra hermana, la más joven..., Teresina...

FELICIANO.—Es verdad, Teresina...

DR. CANO.—Pobre muchacha... Una niña tan guapa, tan simpática, una verdadera perla, y haber caído en manos de ese tenientillo que no sale del salón de la ruleta. ¿Cómo usted y don Juan Bautista consintieron semejante adefesio?

FELICIANO.—Que quiere usted, amigo mío; era guapo, hablaba bien, se metía por los ojos, luego el espadín, el uniforme..., qué se yo... Bastante me opuse y mi santa hermana Isabel también luchó, pero Juan Bautista se reía de todo y decía: «Déjalos hombre, que hagan su santísima voluntad...», y la hicieron.

DR. CANO.—Esos sí que tienen hijos...

FELICIANO.—Uno cada año. Ese perro no la deja descansar... y eso que entra en su casa a las cuatro de la madrugada. Ya tienen tres hijos.

DR. CANO.—Creo que le ha despotricado gran parte de su conveniencia...

FELICIANO.—Sí; pero Juan Bautista la ha ido comprando o hipotecando y así vuelven las aguas perdidas a su cauce antiguo. Ahora mismo si de ese pícaro se tratara solamente, quedaba la esperanza de recuperarla.

DR. CANO.—Cierto... El sistema empleado por don Juan Bautista podría usted implantarlo...

FELICIANO.—Yo no..., yo tengo muchos hijos..., pero mi santa hermana Isabel lo haría, y al fin y al cabo, si no yo, mis hijos, Veremundo sobre todo, que por llevar el nombre de mi padre tiene todas las simpatías de mi santa hermana, podrían reconstituir esta fortuna, volver a la unidad primitiva, a realizar el sueño de mi padre, de aquel padre, hombre salido de la nada y que hizo todo esto...; esto, amigo mío, que empezó por esta casa humilde y unas tierras secas y que ha ido extendiéndose, aumentándose como una inundación de agua verde... ¡Qué lástima y qué iniquidad! ¡Pensar que puedan partir la tierra, es como si me partiesen el corazón, como si me arrancasen la carne...!

DR. CANO.—Hay esperanza, amigo mío; su plan de usted..., de su santa hermana, me parece de éxito seguro...; ese tenientillo querrá dinero, dinero contante y sonante..., un apuro de ruleta y ya veo vendido un cercado por poco más de nada... ¡Qué sabe él del valor de la tierra!

FELICIANO.—¡Verdad! ¡Verdad! Así, no es eso lo que nos amarga y desespera; al fin y al cabo todo eso es posible, y si no lo fuera, Teresina es sangre nuestra, y en ella y en los suyos quedaría. Eso es justo y es la ley de Dios y de los hombres...; pero hay otra cosa..., una verdadera injusticia, un sacrilegio inmundo... Perdóneme, señor don Bernardo, que hable así en esta hora, con mi hermano moribundo... ¡Esto es asqueroso!

DR. CANO (*levantándose para atender a don Feliciano, que está muy conmovido*).—Cálmese usted, amigo mío, está usted excitado, nervioso..., las malas noches, el dolor..., ¿no tiene usted un poco de éter, de tila...?

FELICIANO.—Tiene usted razón..., me he estado conteniendo estos días por mi santa hermana Isabel... y ahora estallo... Ya se va pasando... ¡Qué tonterías! ¡Un hombre como un castillo y llorar!

DR. CANO.—Llore usted, amigo mío, no hay desdoro en llorar..., eso es noble...

FELICIANO (*rompiendo de nuevo en llanto*).—¿Pero puede darse mayor desgracia? ¡Un hombre como Juan Bautista que nunca había querido casarse, y cuidado si le habían salido proporciones...! Que nunca había querido compromisos serios..., que... ¡Yo no digo que no tuviese sus trapicheos como todo hombre..., eso es muy natural...! Pero siempre a

distancia, con decoro, respetando la casa y la presencia de mi santa hermana, una hermana que se ha quedado soltera sólo por cuidarle... desde hace tres años..., tres años..., se ha enamorado..., pero, así, loco embobado, como al que le hacen un maleficio..., y así será...

DR. CANO.—¡Cálmese, amigo mío, cálmese, podrían oírle, venir!

FELICIANO.—¡Le han dado un filtro! ¡A sus años, después de una vida ejemplar, con una chiquilla! ¡Ay, hermano, hermano, Dios te perdone en esta hora!

DR. CANO.—Vaya, se acabó..., no se hable más..., viene su familia, mi compañero Amoreto..., no conviene que le vean así...

FELICIANO.—¡Tiene usted razón, amigo mío, pobre hermano...! (*Levántase secándose los ojos*).

DR. CANO.—Así, tranquilo...

FELICIANO (*deteniéndose de pronto*).—Tiene un hijo, señor don Bernardo, a los sesenta y cinco años.

DR. CANO (*sin poderse contener*).—¡Enhorabuena!

* * *

DR. AMORETO.—Desgraciadamente, ha sido una ilusión de las pobres señoras. Un caso de sugestión colectiva; todas han creído o querido ver y oír...

DR. CANO.—Ya lo decía yo..., era cosa imposible...

DR. AMORETO.—Hemos repetido la experiencia sin resultado alguno. ¿No es eso compañero? Ni un reflejo; abolición absoluta del ocular, del rotuliano, del Babinsky...

DR. CANO.—¿También el Babinsky?

DR. AMORETO.—Indiferencia absoluta. Silencio completo...

DR. CANO.—Señores, hay que conformarse con la voluntad de Dios...

FELICIANO.—¿Dónde está Isabel?

BENIGNO.—Como siempre: en la alcoba, junto al enfermo.

FELICIANO.—¿Y tu mujer?

BENIGNO.—Aurora está en el comedor preparando el chocolate para los médicos.

(*Fuera se siente rumor de caballos.*)

FELICIANO (*abriendo una ventana*).—No habían de faltar...

BENIGNO.—¿Quiés es?

FELICIANO.—¿Quiénes habían de ser? Teresina y el marido. ¿Les avisaste?

BENIGNO.—Isabel les avisó..., dice que era necesario..., que sería una falta muy grande, imperdonable.

LA PLUMA

FELICIANO.—Mi hermana Isabel es una santa. Ahora va a ver ella... ¡Y vienen a caballo! Son dos locos...

DR. AMORETO.—A mí me enamoran..., son dos pájaros..., viven cantando en las ramas de los árboles...

FELICIANO (*acudiendo al encuentro con gesto de silencio y de dolor*).—Chist, chist... ¡Teresina! ¡Hermana adorada..., nuestro pobre Juan Bautista...! (*Abrazándola y llorando.*)

TERESINA (*con toda el alma*).—¡Parece mentira que no me hayan avisado antes! Yo no soy nadie... una extraña...

FELICIANO.—¡Por Dios, Teresina...!

BENIGNO.—Te hemos avisado...

TERESINA.—Sí, hoy... y la carta la llevó un peatón... ¿Cómo está? ¿Cómo está...? ¿Se ha muerto?

FELICIANO.—No lo permita Dios, hija mía...

BENIGNO.—Pero esta muy malo...

TERESINA.—Voy a verle. ¡Ay, Dios mío, pobrecito Juan Bautista..., y parecía un roble...! Buenas noches, don Bernardo; buenas noches, Amoreto...; perdonen, no les había visto...

DR. CANO.—Buenas noches, hermosa...

DR. AMORETO.—Buenas noches, señora; ¿cómo están los pequeños?

TERESINA.—Los he dejado con el asistente... No veía la hora de venir... ¡ni un automóvil! Y después pensamos que el auto no puede llegar hasta aquí. Por fortuna, a Antonio se le ocurrió tomar dos caballos del escuadrón y hemos venido a paso de carga... Perdóneme... ¡Ah, Aurora!

AURORA (*abrazándosele*).—¡Teresina! ¡Nuestro pobre hermano!

TERESINA.—Vamos, esto ha sido una puñalada traperera. (*Salen abrazadas y llorosas.*) ¡Me conocerá? ¡Ay, Virgen María! Yo, que era su niña preferida...

CEBALLOS (*que entra con uniforme y látigo*).—Buenas noches, señores. Tengo muchas quejas tuyas, Feliciano, y tuyas también, Benigno.

FELICIANO.—¿Tú también? Buena tengo yo la cabeza para ocuparme de etiquetas...

CEBALLOS.—¡Hombre, ni que se tratase de un perro! Nuestro hermano, porque también es mi hermano, aunque ustedes no quieran...

FELICIANO.—No digas tonterías... Acuérdate de lo que está pasando...

CEBALLOS.—Bueno, por eso no sigo; pero no lo olvido, ya hablaremos. ¡Hola, mediquillo!

DR. AMORETO.—Salud, mi teniente...

CEBALLOS (*a Cano*).—Beso a usted la mano.

DR. CANO.—Servidor...

FELICIANO.—¿Quieres pasar, quieres verle?

CEBALLOS.—Dicen que ha perdido el conocimiento... *(a un gesto de los médicos.)* Todo sea por Dios... nosotros perdemos un padre.. era una locura por Teresina y por los chicos... Vamos a verle... pero conste que no te perdono, Feliciano..

FELICIANO.—¿Otra vez?

CEBALLOS.—Y cien... Ya hablaremos. Benigno, ¿quieres encargarle a un mozo que le dé un pienso a los caballos? Lo han ganado bien.

* * *

(Después de un gran silencio)

DR. AMORETO.—¿Qué hacemos, maestro? ¿Nos vamos?

DR. CANO.—Espere el joven colega. La jornada es larga, nocturna, mitad a mulo y mitad en automóvil, y he oído hablar de chocolate. Yo tengo un flaco por el chocolate, y aquí supongo que estará bien acompañado...

DR. AMORETO.—¿Cuánto piensa usted cobrar, querido maestro?

DR. CANO.—Hay tiempo de hablar de eso. Siempre se cobra mejor a la muerte del enfermo.

DR. AMORETO.—Yo tenía mis escrúpulos, porque como el cuñado es médico...

DR. CANO.—Médico..., médico... Ese no es sino el marido de Auro-rita; no ha hecho otra cura en su carrera: es un heredero.

DR. AMORETO.—¡Mala lengua! El caso es que cobraremos.

DR. CANO.—¡Pues no faltaba más! ¿Cree usted que un hombre como yo, con ocho hijos, que ha trabajado treinta años y no ha conseguido ahorrar para el descanso de la vejez, iba a desperdiciar estas pesetas por consideraciones profesionales a un sujeto que tiene el diploma debajo de la cama?

DR. AMORETO.—Vamos, maestro, no será tanto. Usted tiene fama de guardar dinero. Es el médico más antiguo, el de más clientela, una institución.

DR. CANO.—Escuche usted, doctorcito, y sépalo y guárdelo: en esta tierra nadie se ha hecho rico con el trabajo profesional. Para ser rico es necesario heredar como ése o robar como... no me tire usted de la lengua... *(El otro ríe.)*

BENIGNO.—El chocolate está preparado en el comedor..., Vengan conmigo y yo les haré compañía, porque estas pobres mujeres no tienen cabeza para nada.

DR. CANO.—Es natural..., no es necesario disculparlas.

DR. AMORETO.—Además, con usted...

BENIGNO.—Pasen ustedes.

(Después de un largo silencio van entrando los miembros de la familia.)

FELICIANO.—Siéntense..., siéntense..., los médicos están en el comedor con Benigno. No vendrá. Es un asunto que hay que resolverlo pronto...; si es que tiene solución... yo no la veo... ¿La ve usted, señor Henestrosa?

EL NOTARIO.—Muy difícil..., muy difícil...

FELICIANO.—Usted, como notario, puede explicar la situación...

EL NOTARIO.—Es muy fácil, facilísima. Don Juan Bauista es soltero...; no tiene ningún impedimento...; su fortuna está más sana que una manzana...; no debe a nadie..., a nadie... Hace tres años, por una aberración inconcebible de su clara inteligencia y de su... intachable moralidad dió en tener relaciones con una muchacha, María del Pino González... De esto hace tres años, ¿no es eso?

FELICIANO.—Eso es.

EL NOTARIO.—Fruto de esos amores, en pugna con las leyes civiles y religiosas, fué un hijo, un varón...

AURORA.—Vaya usted a saber quién sería el padre.

FELICIANO.—¡Mujer!

DOÑA FRANCISCA.—¡Cállate, Feliciano!

FELICIANO.—Si yo no digo...

AURORA.—Déjate de hipocresías y sigue...

DOÑA FRANCISCA.—No, señor, eso no; mi marido no es un hipócrita.

CEBALLOS.—Bueno..., dejen eso... Siga usted, señor.,. ¿cómo se llama? Henestrosa.

EL NOTARIO.—Han planteado ustedes, sin saberlo, el primer problema jurídico; ¿es realmente su hijo? Fundamento de la acción que ha de entablar la madre por su propio impulso o por el consejo de otros, que en el caso que ya podemos llamar de autos...

FELICIANO.—¡Un pleito!

AURORA.—¡Un escándalo!

DOÑA FRANCISCA.—¡Valsendero en poder de la curia!

EL NOTARIO (mirando a todos por encima de las gafas).—Eso es..., eso es...

CEBALLOS.—Pero... ¿cómo se va a saber quién es el padre de la criatura? Me parece eso muy difícil... Si todos los chicos que andan o gatean por ahí sin padre conocido dan en la flor de echarnos encima la paternidad ¿quién podría estar seguro? Ni tú, Feliciano, ni el mismo Benigno...

- AURORA.—Deja tranquilo a don Benigno.
 DOÑA FRANCISCA.—Y a Feliciano...
 TERESINA.— ¡Cállate, pecado mortal...!
 FELICIANO.—Al grano, al grano.
 CEBALLOS.—Buen grano es éste que nos ha salido.
 NOTARIO.—Ustedes mismos entablan el pleito. ¿Es ese muchacho?...
 ¿Cómo se llama?
 FELICIANO (*muy compungido*).—Juan Bautista.
 NOTARIO.—¿Es Juan Bautista hijo de don Juan Bautista el nuestro?
 TERESINA.— ¡Pero en todo caso es un hijo natural!
 LAS MUJERES.— ¡Eso..., eso! Un hijo del pecado.
 NOTARIO. (*aplacando las voces*).—Pues como ustedes reconocen eso...
 que es un hijo natural, ya no hay pleito...; se acabó...
 TERESINA.—Eso me parecía a mí... Que Juan Bautista tuvo un hijo a
 los sesenta y cinco años; pues si pudo, hizo muy bien. Hombre es y no
 afrenta a su fama. ¿Que habla la gente? Que hable. Mas viejo era Abra-
 ham y patriarca me soy...
 FELICIANO.—No disparates, chiquilla; no es eso.
 NOTARIO.—Perdóname, Teresina; demostrado que Juan Bautista
 González es hijo, aunque natural, de don Juan Bautista López, su her-
 mano, él es el heredero..., toda su hacienda le corresponde..., toda...
 TERESINA.— ¡Qué barbaridad!
 AURORA.— ¡Pero eso no es la ley de Dios!
 DOÑA FRANCISCA.— ¡Mis hijos, los hijos de mi matrimonio, iguales a
 un hijo natural, fruto del pecado!
 AURORA.— ¿Y el Sacramento?
 FELICIANO.— ¡No vale la pena de ser honrado!
 NOTARIO.—Esa es la ley.
 DOÑA FRANCISCA.—La ley de los impíos. Esa no es la ley de Dios.
 NOTARIO.—Es la ley de los Tribunales de justicia. De los jueces que
 han de dar la propiedad de Valsendero.
 FELICIANO.— ¡Valsendero, la tierra de nuestro padre, por él comprada
 y por él aumentada..! ¡Una cosa nuestra, nuestra, pasar de pronto a un
 chiquillo nacido de casualidad, fuera de todo tiempo!
 NOTARIO.—Así es, aunque les duela a ustedes, aunque les parezca
 una injusticia y un sacrilegio. (*Un silencio aterrador.*)
 CEBALLOS.—Ese chiquillo ha nacido con los tres entorchados.
 AURORA.—Eso no puede ser, aunque me lo diga el Presidente del
 Tribunal Supremo.
 FELICIANO.—No nos volvamos locos... Algo ha de hacerse para evitar
 este escándalo y esta monstruosidad.

LA PLUMA

NOTARIO.—Ya usted lo sabe, amigo don Feliciano; se lo he dicho desde mi llegada... Yo veía un recurso...

Todos.—Hable, hable usted.

NOTARIO.—No era cosa segura; el pleito era siempre inminente; pero nos daba una base, un cimiento para la discusión. Era obtener del señor don Juan Bautista una declaración jurada, un acta notarial solemne, como todos los documentos otorgados en la hora de la muerte, en que expresase bajo juramento la circunstancia fundamental de no haber tenido hijos, y muy especialmente negase la paternidad de... su hijo..., de ése..., de Juan Bautista López..., digo, Fernández.

AURORA.—¿Y por qué no se ha hecho?

FELICIANO.—Hemos hecho cuanto hemos podido. Desde que Henestrosa me indicó este recurso, díjome que, vista la gravedad y la importancia del documento, era conveniente...

NOTARIO.—Dije necesario...

FELICIANO.—Eso es..., necesario que asistiesen como testigos dos médicos de reputación que asegurasen que tenía juicio.

NOTARIO.—Que el enfermo estaba en el uso completo de sus facultades intelectuales, eso es. (*Pausa desesperada.*)

DOÑA FRANCISCA.—¿Y qué dicen los médicos?

FELICIANO.—Benigno, por mi encargo, les ha sondeado y contestan que no..., que no puede testar.

DOÑA FRANCISCA (*con ira*).—¿Y don Bernardo Cano, nuestro médico de toda la vida, el de toda la familia, también?

FELICIANO.—También don Bernardo dijo que no podía testar ni con intérprete.

DOÑA FRANCISCA.—¡Ese no vuelve a poner el pie en mi casa!

FELICIANO.—¡Francisca, mujer!

CEBALLOS.—¿Y mi médico Amoreto?

FELICIANO.—Lo mismo; ése habló de no sé qué vena tenemos en los sesos y que se le ha roto a mi pobre hermano, y una cosa que llaman la cápsula...

NOTARIO.—Esta es la situación.

FELICIANO (*levantándose y mesándose los cabellos*).—¡Ay, hermano! ¡Ay, Juan Bautista!

DOÑA FRANCISCA.—¡Cálmate, marido, cálmate! Primero es la salud. Te va a dar la sofocación, y si te da, ya puedes morirte, porque don Bernardo no te receta. ¡Ese, ni en la hora de la muerte! ¡Ni un purgante!

CEBALLOS (*chasqueando inconscientemente el látigo*).—Pero, vamos a ver, vamos a ver; las cosas claras y el chocolate espeso.

BENIGNO (*en la puerta*).— Ya han concluído el chocolate. ¿Qué hago?

CEBALLOS. (*con el látigo levantado*).— ¡Qué chiste, hombre!

AURORA.— Mira, Benigno, saca vino moscatel y bizcochos... Entreténlos un poco.

CEBALLOS.— Emborráchalos si puedes.

BENIGNO.— Bueno.

AURORA.— Háblales de medicina.

BENIGNO.— Eso estamos haciendo. (*Sale.*)

TENIENTE.— Decía que las cosas claras..., claritas como el agua..., yo soy así.

NOTARIO.— Eso es lo mejor. Claridad.

TENIENTE.— Usted, señor..., ¿cómo se llama? (*A su mujer*).

TERESINA.— Henestrosa.

TENIENTE.— Usted, señor Henestrosa, ¿no podría prescindir de los médicos?

NOTARIO.— ¡Qué se ha figurado usted de mí!

TENIENTE.— ¡A mí no me venga usted con arrogancias! Eso se hace todos los días,

TERESINA.— ¡Por Dios, Antonio!

NOTARIO.— Otros lo harán, caballero; pero yo...

FELICIANO.— Cálmese, señor Henestrosa. Nadie ha querido ofenderle. El mismo Ceballos..., ¿no es verdad, Ceballos, que tú no has querido ofenderle?

TENIENTE.— De ninguna manera. Yo no he hecho sino preguntas, y el señor se ha encrespado; y yo, como militar, no puedo permitir que nadie...

FELICIANO.— Pero si el señor Henestrosa no te ha ofendido.

AURORA.— No seas bruto...

TERESINA.— Siéntate, hombre; tú no sirves para eso...

DOÑA FRANCISCA.— Nadie ha querido ofenderle...

TENIENTE.— Bueno..., bueno..., no seas melosa, estáte quieta (*a su mujer, que le acaricia*). Conste que no he dicho nada...

NOTARIO.— Acepto esa explicación. Como si nada hubiese pasado... (*tiene un poquito de miedo al sable*). (*Un silencio muy enojoso. Al fin Henestrosa sigue*). Yo, por mi parte, he hecho, en obsequio a esta atribulada familia, a quien quiero y respeto, cuanto estaba en mi poder... (*silencio hostil*)... y algo más...; casi me he comprometido, porque entiendo que sobre las leyes humanas está otra ley fundamental y eterna: la ley de Dios...

FELICIANO (*sin poderse contener*).— Pero entonces, jinojo, si usted cree que eso no es la verdad..., la verdad...!

LA PLUMA

DOÑA FRANCISCA.—¡Y la justicial!

AURORA.—¡Y lo decente!

TENIENTE.—¡Lo que yo decía!

TERESINA.—¡Señor Henestrosa, apiádese de nosotros!

FELICIANO.—¿Por qué no hace usted eso? (*Todos hablan a la vez, levantándose.*)

NOTARIO.—Silencio, señores, callen..., escuchen..., déjenme hablar..

FELICIANO.—¡Déjenle hablar...; callen, hermanos...!!

NOTARIO.—(*Voz suave después del tumulto.*) Por eso, amigos míos y clientes; por remontarme del papel sellado a las tablas de la otra ley; por interpretar más que aplicar el texto duro de la legislación, por eso he transigido y no he impuesto a la otorgación de esa acta que soy el primero en considerar justa, piadosa, expresión del alma de ese pobre cuerpo si pudiera hablar, más que una sola condición: la firma de dos médicos al pie del documento...

AURORA.—Volvemos a lo mismo...

FELICIANO.—Eso es imposible; ya lo sabe usted...

DOÑA FRANCISCA.—Nada adelantamos...

NOTARIO.—Pues yo no puedo hacer más...; consigan ustedes la firma de los dos médicos y asunto concluido... (*con voz de angustia, chillona*).
¡Señores, no pretenderán ustedes que me lleven a la cárcel!

DOÑA FRANCISCA.—¡Por Dios!

FELICIANO.—¡Quién habla de la cárcel?

AURORA.—¡Somos todas personas honradas y temerosas de Dios!

TENIENTE.—¡Buena me la hizo don Juan Bautista!

TERESINA.—¡Calla, que es mi hermano!

* * *

BENIGNO (*en la puerta*).—Los compañeros quieren despedirse. Es ya muy tarde.

AURORA.—¡Para lo que han hecho!

BENIGNO.—¡Cuidado! A don Bernardo se le ha subido el vino a la cabeza.

DOÑA FRANCISCA.—¡Es un borracho! Yo no sé cómo hemos vivido en manos de ese hombre.

FELICIANO.—¡Más vale callar!

DOÑA FRANCISCA (*a su marido*).—Este notario no vuelve a otorgar una escritura nuestra.

FELICIANO.—¡Cállate!

* * *

DR. CANO (*muy locuaz*).—Señoras, señores: de nada servimos en este caso; el camino es largo y mañana hay que trabajar como todos los días. Por eso nos vamos...; el compañero está enterado de cuanto hay que hacer y lo hará con su pericia acostumbrada... Aurorita..., mi señora doña Francisca..., ¿qué le pasa a usted...? Es verdad...; es un lance muy triste... Adios, hermosa...

TERESINA.—Sí, hermosa... Buena está la maja para tafetanes...

BENIGNO (*tímidamente*).—¿Por qué no ve usted al enfermo antes de marcharse? Nada más que verle...

DR. CANO.—No hay inconveniente...; esa es mi obligación... ¿Viene usted conmigo, doctorcillo?

TERESINA.—Mire usted, Amoreto...; una pregunta...

DR. CANO.—Bueno, iré con Benigno...

(*Entre el teniente y su mujer acaparan al médico.*)

AMORETO.—¿Han observado a mi compañero? El moscatel le ha hecho anarquista. Nada de bromas.

TERESINA.—Yo quiero que me haga usted un favor, un favor grande..., grande..., como desde aquí al cielo...

AMORETO.—Vamos al cielo..., pero solos; éste se queda en el cuartel con los caballos.

TERESINA.—Eso mismo...; verá usted...; es muy difícil de decir...

TENIENTE.—Déjate de tonterías...; mira, chico, necesitamos mi mujer y yo y mis chiquillos, los que tú has sacado al mundo...

TERESINA.—Y los que sacará.

TENIENTE.—Que nos saques de un gran conflicto. Se trata de devolvernos..., ¿cuánto será, Teresina?

TERESINA.—Yo no sé...; pero tal vez no baje de cincuenta mil duros.

TENIENTE (*con los ojos fuera del casco*).—Ya tú ves, están volando, y tú si quieres, con un poco de buena voluntad, los atrapas y nos los pones en el bolsillo.

TERESINA.—Mi hermano se muere. Toda su fortuna, que es nuestra, nuestra, la herencia de nuestra familia, va a parar a un chiquillo desconocido, que dicen es su hijo... un chiquillo de una mujerzuela.

TENIENTE.—¡Un hijo a los setenta y cinco años!

TERESINA.—¡Sabe Dios quién será el padre! Y todo esto se arregla si usted firma una cosa... un papel..., di...

AMORETO.—Despacio..., despacio; pero ¿están ustedes en serio?

TENIENTE.—Y tan en serio. El notario está dispuesto a otorgar un acta si ustedes declaran que ese bandido...

TERESINA.—¡Eso no se dice! ¡Es mi hermano!

TENIENTE.—Que ese hermano está en sus cabales.

LA PLUMA

TERESINA.—Nada más que una firma..., una firmita..., así...

AMORETO.—¡pero si eso no es posible!

TERESINA.—No diga usted que es imposible. Si mi hermano estuviera en su juicio lo haría. Puede usted creerme, lo haría.

AMORETO.—¿Pero qué es lo que haría?

TERESINA.—Pues declarar que ese chiquillo no es suyo; que su herencia, la nuestra, la de la familia, es para nosotros... para quien debe ser... No diga usted que no... Así, así me gustan los amigos. ¡Viva mi médico!

DOÑA FRANCISCA (*acudiendo con los otros*).—¡Gracias a Dios!

AURORA.—¿Será verdad?

AMORETO.—¡Pero si yo no sé, si no he dicho nada!

TERESINA.—Lo ha dicho, lo ha dicho. ¡A callarse pronto!

TENIENTE.—¡Eres un amigo!

TERESINA.—Y luego dirán ustedes que yo no sirvo para nada..., que soy una loca.

AMORETO.—Pero, espere usted, señora; déjeme pensar...

TERESINA.—No se piensa. Señor Henestrosa, venga ese papel..., pronto... ¿No lo tiene usted preparado?

* * *

(*Todo es movimiento, alborozo.*)

DR. CANO (*seguido de Benigno y don Feliciano*).—¿Qué ocurre? ¿A usted también le han dado el atraco? Pero.. ¿están locos? ¿Cómo se les ha podido ocurrir que fuéramos capaces...?

TERESINA.—No venga usted a aguarnos la fiesta. Aquí no se hace sino lo que yo digo. Amoreto está dispuesto. Henestrosa tiene eso escrito ya. A firmar..., a firmar...

DR. CANO.—Tranquilícese usted, hermosa. Usted es una niña; usted no sabe de esto; estas son cosas para tratarlas serenamente... Usted, Amoreto, usted no firmará eso...; no lo firmará, no, señor.

AMORETO.—¡Si yo no he dicho nada!

DR. CANO.—Ya lo suponía yo. Y usted, Henestrosa, tampoco suscribirá esa falsedad.

HENESTROSA.—Atiéndame usted, don Bernardo, Atiéndame usted. Yo he dicho que si ustedes, los técnicos, me aseguran que el señor don Juan Bautista está en el uso perfecto de sus facultades intelectuales...

DR. CANO.—Eso es una cuquería para no perder la clientela. Usted sabe, como yo, como todos, que don Juan Bautista está como un tronco.

HENESTROSA.—No, no. Si ustedes afirman que no tiene capacidad legal, no hay nada de lo dicho... Aquí está el acta, y la rompo. (*Con el ademán, pero sin romperla.*)

DR. CANO.—Rómpala, rómpala, y olvidemos todo eso. (*El otro no la rompe.*)

TERESINA. Parece mentira; nunca lo creí en usted. ¡Mis hijos!

AURORA.—Ni siquiera por compañerismo, sabiendo que mi marido es médico.

BENIGNO.—¡Mujer!

DR. CANO.—¿Pero están locos?

DOÑA FRANCISCA.—Bien agradece la fidelidad que le hemos guardado..., el dinero que le hemos dado.

FELICIANO.—¡Mujer!

DR. CANO.—Eso no lo aguanto! ¡Pues no faltaba más! Yo soy el hombre más pacífico del mundo...; yo seré un pobre diablo...; yo seré un desgraciado prácticón...; lo que ustedes merecen. Quieren notabilidades, príncipes de la ciencia por tres pesetas. Pero hacer una porquería...

TENIENTE.—¿Quién habla de porquerías? Tenga usted en cuenta con quien habla y en la casa que está.

FELICIANO.—Señores, señores...

DR. CANO.—¡No le tengo miedo al sable! ¡A nada! ¡Pues no faltaba más! Haber trabajado treinta años, rompiéndome el alma, para sostener ocho muchachos, aguantando las impertinencias de todos y las porquerías, y siempre con la risa en los labios, ¡de dientes a fuera, y los tengo postizos!, con más ganas de morder que de reír, para que ahora, a última hora, vengan a proponerme una infamia...

TENIENTE.—Esas palabras se las traga usted.

TERESINA.—¡Por Dios, Antonio!

FELICIANO.—¡Señores, señores!

LAS MUJERES.—¡Qué escándalo!

DR. CANO.—¡Que no me las trago, ea, que no me las trago! Es una infamia eso que ustedes quieren hacer... Gente rica, que ni siquiera tienen la disculpa que podríamos tener nosotros...

HENESTROSA.—No hable usted por mí.

AMORETO.—Yo tampoco, maestro, me hago solidario...

DR. CANO.—Peor para ustedes. Pues... que podría yo tener!... la disculpa del dinero..., de la vida dura..., de los años..., de todas las miserias y de todo el dolor de la vida, la tentación de unos billetes ganados sin trabajar. ¡Vamos, hombre, vamos!

TERESINA (*furiosa*).—Usted es un envidioso... Usted hace eso porque no le he llamado como mérido, sino a Amoreto...

LA PLUMA

DR. CANO.—(*Queda en silencio como si fuera a decir una cosa muy gorda y después sigue.*) No diga boberías, señora...

TERESINA.—¡Qué fino!

DOÑA FRANCISCA.—¡Groserote!

DR. CANO.—¡Es que me subleva pensar que ustedes imaginasen que se me podía comprar!

FELICIANO.—Pero si no es eso..., no es eso...

DR. CANO.—Yo no sé lo que pensaría si oyera estas cosas ese pobre hombre que está muriendo arriba solo, como un perro; pero si pensara como yo agarraba todo esto..., todo esto que a ustedes les parece su herencia legítima, una cosa sagrada..., y casa, tierras, agua, dinero, se lo daba a ese chiquillo, a esa pobre criatura que trajo a esta perra vida sin pedirle permiso, antes que dejarlas caer en manos de gente que no tienen corazón..., que no tienen corazón..., que no tienen corazón...

FELICIANO.—¡Está loco! ¡Nunca hubiera creído esto en un hombre como usted!

DOÑA FRANCISCA.—¡En la casa de un moribundo!

AURORA.—¡A una familia honrada!

AMORETO.—¡No hagan ustedes caso, por Dios, es que se le ha subido a la cabeza el vino moscatel...!

TERESINA.—¡Borracho! (*Llora muy nerviosa.*)

AMORETO (*queriendo conciliar*).—¡Sí, es eso! ¡Sí, es eso!

DR. CANO (*desde la puerta*).—Que no tienen corazón. ¡Adiós...! ¡Adiós...!

* * *

LA SRTA. ISABEL (*apareciendo con el cura Aparicio. Parecen dos curas, negros, flacos*).—¡Qué profanación es esta en la casa de un moribundo! ¡No hay temor de Dios! ¡Ni piedad para sus criaturas! (*Habla en voz baja, triste, reservada; pero en el silencio profundo que se hace a su presencia, se oye como la voz de un predicador.*)

TODOS.—¡Ay, hermana Isabel...! ¡Si supieras lo que ha pasado..., ese don Bernardo..., borracho..., impío...!

FELICIANO.—¡Ay, mi santa hermana Isabel!

ISABEL.—Vamos..., cállense..., piensen en el pobre Juan Bautista, que está luchando con las ansias de la muerte... ¡Si me hubieran hecho caso, nada de esto hubiera pasado! Pero ustedes, empeñados en cosas del mundo..., médicos, escribanos... ¡Estas son cosas de Dios y Dios sólo las resuelve!

TENIENTE.—(*Voz baja, entre dientes*).—¡Fíate de Dios!

ISABEL (*que parece haber oído*).—Hay que fiar en Dios, sí señor. ¿No es eso, don Aparicio?

DON APARICIO.—(*Voz tonante de gañán*).—¡Sí, señora, hay que poner toda la confianza en Dios!

ISABEL.—¡Feliciano!

FELICIANO (*acudiendo*).—¿Qué quiere mi santa hermana Isabel?

ISABEL.—Paga a esos señores y que se vayan..., estas son cosas de familia, después me dirás el importe de la cuenta..., llévate a Benigno y... a ese..., al teniente...

FELICIANO.—Señores... ¿quieren ustedes seguirme? Tú también, Benigno... Tú también, Antonio... vengan...

ISABEL.—¡Aurora!

AURORA.—¿Qué quieres?

ISABEL.—Ve con nuestras hermanas a la alcoba del pobre Juan Bautista, arrodilladas y rezando..., no piensen en otra cosa...

DOÑA FRANCISCA.—¡Eres una santa! (*Todos salen, quedando la santa y el cura; parece que la casa es un cementerio, tan grande es el silencio.*)

* * *

ISABEL.—¿Cree usted que todo está arreglado, don Aparicio?

APARICIO.—Todo..., pues no faltaba más...; dispuestos a cumplir la ley de Dios...

ISABEL.—Dígales que pasen. (*El cura sale, y ella, por un viejo hábito de orden arregla la habitación; cuando el cura entra con las dos mujeres y el niño, Isabel está sentada.*) Entren, entren y siéntense...

TÍA CATALINA.—Buenas noches tenga su merced...

MARÍA DEL PINO.—Buenas noches, señora...

ISABEL.—Buenas noches...

APARICIO.—(*Voz de mando.*) A sentarse..., no tengan miedo...; aquí nadie se las va a comer...

CATALINA.—Ya sabemos que el ama es muy buena...; siéntate, mi hija.

ISABEL.—¿Ese es el niño?

PINO.—Sí, señora; está dormido...

CATALINA.—No hace más que mamar y dormir...

ISABEL.—¿Qué edad tiene?

PINO.—Un año por la Naval...

CATALINA (*descubriéndole*).—Mírelo, señora; ¿no se le parece a su padre?

APARICIO.—¡Vamos al asunto!

LA PLUMA

- PINO.—El pobrecito se ha asustado...
- CATALINA.—¡El señor cura tiene una voz...!
- ISABEL (*cubriéndolo*).—Dios lo haga un santo. (*Un silencio.*)
- PINO (*muy bajo*).—¿Y... (*Va a decir: ¿y el padre...?*) ¿Y... don Juan Bautista?
- ISABEL.—Muy mal está... ¡Dios le proteja!
- CATALINA.—Dicen que no tiene conocimiento...
- ISABEL.—¿Quién lo podría decir? Parece que está dormido...
- CATALINA.—Como el hijo... (*Pino aprieta al chico contra su seno, instintivamente.*)
- APARICIO.—Ya le he dicho, tía Catalina, que es necesario no hablar más de padres ni de hijos...; no hay que estar jugando con el pecado...; haga usted como su hija...
- CATALINA.—Tiene razón, señor cura...; es cosa de la costumbre..., como don Juan Bautista siempre le llamaba así...
- APARICIO.—Malas costumbres..., malas costumbres... (*Pausa larga. El padre y el hijo duermen. Pino tiene miedo y está pendiente su oído de los ruidos interiores; sus ojos se distraen del hijo a la puerta por donde se va al dormitorio.*)
- ISABEL.—¿Y tú estás conforme?
- CATALINA.—Sí, señora...; el señor cura nos ha dicho lo que tiene que hacer.
- ISABEL.—Déjela usted, tía Catalina...; déjela que responda por sí misma.
- CATALINA.—Habla, mujer...; ¿no oyes que la señora te pregunta?
- PINO.—Yo estoy conforme con todo lo que mande la señora. (*El cura aprueba.*)
- ISABEL.—No, no es eso. Yo no mando...; yo soy tu ama, pero éstas no son cosas que se mandan como ir a lavar la ropa... Esto es otra cosa. Es cosa de conciencia. ¿Qué te dice a ti la conciencia?
- CATALINA.—¡Responde, mujer!
- ISABEL.—Vamos, dí, ¿qué te dice la conciencia?
- CATALINA.—Parece que eres boba..., tan bien que sabes hablar, y ahora te callas...
- APARICIO.—Pues le dice que ha sido muy mala..., que ha cometido pecado y que está siempre arrepentida.
- ISABEL.—¿Es eso, María del Pino?
- PINO (*con la cabeza baja*).—Sí, señora...
- ISABEL.—Pues si es así, tienes la obligación de reparar la falta, de evitar que el pecado sea más grande y más negro, ¿no es eso?
- PINO.—Sí, señora...

ISABEL.—Tal vez se te habrá ocurrido, tal vez alguien te habrá dicho que... ese niño tendría derechos a la fortuna de don Juan Bautista, mi hermano.

CATALINA.—Nunca faltan diablos tentadores...

APARICIO.—Lo que yo he dicho. Toda esa gentuza que viene brindando protección es por su interés de ellos..., lo menos que ellos piensan es en favorecerla, sino meterla en líos de curias para hacer su agosto y molestar a una familia honrada. ¿No te he dicho eso?

PINO.—Sí, señor.

ISABEL.—¿Y qué has decidido? Porque tú eres la que tienes que decidir. (*Pino, con los ojos dilatados, mira hacia la puerta donde agoniza Juan Bautista.*) Vamos, mujer, responde... ¿Qué te pasa?

PINO.—¡Escuchen! ¿No oyen? (*Efectivamente, se oye un murmullo lejano y tenue.*)

ISABEL.—Son mis hermanos que rezan... (*Silencio... Ella también reza en voz baja. El cura se levanta y cierra la puerta.*) Amén... Con que vamos a ver hija mía: ¿qué decides?

PINO.—Lo que usted mande, señora; lo que quiera...

APARICIO.—Es una buena muchacha..., ya hemos hablado; yo he redactado la declaración... (*Sacando un pliego.*)

ISABEL.—Espere, don Aparicio. No te aflijas...; vamos..., tú tienes confianza en mí...

PINO (*con toda el alma*).—¡Oh, sí, señora!

CATALINA.—¡Sí, señora: su merced es una santa! ¡Don Juan Bautista lo decía siempre!

ISABEL (*un poco fuera de quicio*).—Hágame el favor, tía Catalina, de hablar lo menos posible, y sobre todo de no mentar a mi pobre hermano. Usted ha tenido más culpa que esa pobre muchacha...

CATALINA.—¿Yo, señora?

ISABEL.—Usted, sí: si hubiera usted cuidado y aconsejado a su hija no hubiera llegado a este caso...

CATALINA.—Señora, usted no conocía a don Juan Bautista. ¡Cualquiera le atajaba cuando se le ponía en la cabeza un capricho!

APARICIO.—Lo que fué, fué. Dios tenga misericordia de los pecadores.

ISABEL.—Tiene razón, señor cura. (*Se recoge en silencio.*) ¿Tú no crees, verdad, María del Pino, que esta casa que fabricó mi padre y donde todos nosotros hemos nacido, y esos campos, y esos estanques, y esas acequias, toda esta bendición de Valsendero pueda ser de tu hijo y tuya?

PINO.—¡Oh, no, señora!

LA PLUMA

ISABEL.—Aunque ese niño fuera de Juan Bautista...

PINO.—¡Por la santísima Virgen del Pino, que lo es, señora!

CATALINA.—¡Su hijo..., de su propia sangre...; mi hija es una mujer formal!

APARICIO.—¡Silencio, silencio! ¿No he dicho que no se hable de eso?

CATALINA.—Pues si dicen...

APARICIO.—¡Silencio repito!

ISABEL.—Pues... aunque lo fuese..., es un hijo concebido en pecado como las bestias..., no es el hijo del matrimonio consagrado por la Iglesia...

APARICIO.—Eso es.

ISABEL.—Nunca podrá aspirar al derecho divino que tienen los hijos legítimos de heredar a sus padres.

APARICIO.—Eso es.

ISABEL (*con gran dureza*).—Esta casa, esta hacienda, todo lo de mis hermanos, que era antes de mis padres, pertenece a mi familia, a mí, a mis hermanos, y a nuestra muerte pasará a sus hijos legítimos, y de ellos a los nietos, de generación en generación. (*Un gran silencio.*) ¿Estás conforme?

PINO (*besando al chiquillo*).—Sí, señora.

CATALINA.—Bueno...; pero me dijo el señor cura...

ISABEL (*con su voz natural*).—Cállese usted, tía Catalina. Esta pobre criatura no quedará abandonada; no, señor. Eso no sería cristiano...

CATALINA.—¡Su merced es una santa!

ISABEL.—¿Cuánto me dijo usted, don Aparicio, que... convenía entregar a esta muchacha?

APARICIO.—Yo creo..., después de pensarlo bien..., calculando en conciencia..., ¿qué le parece a usted de la casita que está a la vera del camino Real, muy propia para posada, con el huertecito para cría de cerdos, y tres mil setecientas cincuenta pesetas?

CATALINA.—¿Cuántos pesos son esas miles de pesetas?

APARICIO.—Son mil pesos del país.

ISABEL (*después de un gran silencio, midiendo las palabras*).—¿No les convendría más, en vez de esa casa y ese huerto, tomar otras tres mil setecientas cincuenta pesetas..., otros mil pesos? Siento una repugnancia, que no puedo remediar, al dedicar un pedazo de tierra a este... asunto. El dinero es de todo el mundo, pasa de mano en mano; la tierra es cosa nuestra. (*No habla para los presentes; habla para otros seres lejanos.*) Es nuestro cuerpo y nuestra alma; es como el apellido... (*y se calla*). Bueno. ¿Qué te parece mi proposición? Dos mil pesos.

PINO.—Lo que madre quiera.

ISABEL.—¿Está conforme, Catalina?

CATALINA.—Si esa es la voluntad de Dios y de la señora...

APARICIO.—Sí es, mujer; es la voluntad de Dios. No hay que pensar más. Aquí está la declaración. Voy a avisar a los dos testigos, Lucas el sacristán y Santiago el mayor.

ISABEL.—Y yo, a traer el dinero.

CATALINA.—No se moleste su merced...; otro día...; hay confianza...

ISABEL.—No; ahora mismo. Esto debe terminarse esta noche.

* * *

(Las dos mujeres, madre e hija quedan solas. Por la puerta, que dejó abierta doña Isabel, se oye el rezo lejano de las mujeres que ayudan al moribundo. Las dos atisban con ojos de espanto)

CATALINA (en voz baja).—¡Están rezando! ¿Se habrá muerto...? No me parece... Don Juan Bautista se morirá al salir la luna... No te aflijas hija; toos semos hijos de la muerte... Dos mil pesos... Así están mejor las cosas... No llores, mujer...; piensa en la criatura...; le vas a dar de mamar alcíbar... ¿Qué te pasa?

PINO.—Tengo miedo, madre...; parece que voy a ver entrar a don Juan Bautista...

CATALINA.—No seas tonta...; reza...; reza por su ánima... (Las dos rezan en voz baja.)

ISABEL (entrando como una sombra, y cerrando la puerta, trae dos talegos con dinero).—Así me gusta...; rezando...; eso pacífica... Aquí está el dinero... en duros..., en paquetes de quince...; vamos a contarlos.

CATALINA.—¡Si no es preciso! Si su merced los contó, bien contado está.

ISABEL.—No, las cosas como Dios manda. (Y sobre la mesa extiende los paquetes envueltos en papel de estraza. Ella y Catalina los cuentan).

APARICIO (con los dos labriegos).—Aquí estamos, se habían dormido en el pajar.

LUCAS.—Buenas noches, mi señora doña Isabel...

ISABEL (contando).—Buenas noches, Lucas.

SANTIAGO.—Buenas y santas, señora.

ISABEL.—¿Cómo está su mujer?

SANTIAGO.—Siempre rabiando...

ISABEL.—Todo sea por Dios. Siéntense. Ya saben que les agradezco mucho la caridad que nos hacen...

LUCAS.—Es con voluntad...

SANTIAGO.—Siempre estamos a lo que guste mandar su merced.

ISABEL.—Lea usted, señor cura.

APARICIO.—Atiendan. Usted también, tía Catalina:

«En el lugar de Valsendero, a diez y seis de octubre de mil novecien-
 »tos diez y seis, y ante mí, el cura párroco de Andux, comparece espon-
 »táneamente María del Pino González y Mirón, soltera, hija de Francis-
 »co, ya difunto, y de Catalina, y después de juramento en forma, como
 »católica, apostólica, romana, de cuya gravedad le amonesto, y dice es-
 »tar enterada, declara: que cumpliendo deberes de conciencia, y en evi-
 »tación de daños que puedan irrogarse a la sociedad y de pecado a su
 »alma, que quiere para Dios que fué su creador, confiesa que su hijo
 »Juan Bautista González, por ella reconocido, según consta en la partida
 »bautismal de esta parroquia al libro primero, folio ciento cinco, no ha
 »sido habido de relaciones ilícitas con el señor don Juan Bautista López
 »y Acebedo, con el cual declara, de hoy para siempre y bajo la fe del
 »juramento hecho, que nunca tuvo otras relaciones que las de una bue-
 »na amistad y agradecimiento por favores recibidos. Y enterada por mí
 »de que esta declaración ha de ratificarse ante el señor provisor de la
 »Diócesis y por ante el notario eclesiástico, para que conste en todo
 »tiempo, la afirma y aprueba en todas sus partes, no firmándola porque
 »dice no saber. Hágelo a su nombre uno de los testigos rogados y lla-
 »mados al efecto, que lo son don... y don...» (*Muy contento y muy fres-
 co, esperando el aplauso de la concurrencia.*) ¿Están todos conformes?
 ¡Corto y severo! Está todo y no sobra nada. ¿Le parece bien, mi señora
 doña Isabel? (*Esta no responde sino con la cabeza, está contando el dinero
 con Catalina, que lo guarda.*) ¿Y a usted, Catalina?

CATALINA (*que no ha entendido*).—Sí, señor; muy bien.

APARICIO.—¿Y tú, niña?

PINO (*con un arranque cívico*).—Mi hijo es don Juan Bautista. ¡Así
 vea mi alma en el cielo!

ISABEL (*se detiene, e instintivamente echa mano del dinero que está en
 poder de la tía Catalina*).—¿Qué dices?

CATALINA.—¿Y quién te dice que no? ¿Quién lo sabrá mejor que tu
 madre? Pero eso no quita que hagas eso..., eso que dice el señor
 cura.

APARICIO.—¿En qué quedamos? ¿Están conformes o no con lo que
 dice la declaración? ¡Aquí no estamos para aguantar caprichitos de niña!

PINO.—Sí, señor cura, yo estoy conforme...; en eso estamos..., eso
 es lo convenido...; pero yo quiero que ustedes sepan que mi hijo...

APARICIO.—¡Bah, bah, bah! Ya lo sabemos. Nada, señores, a firmar.
 Usted, Lucas, que escribe más aprisa, ponga la antefirma: «por mí y por
 la declarante, no saber firmar». (*Siguiendo con la vista, doña Isabel aflo-*

ja la mano, y el dinero pasa a las de la tía Catalina.) Eso es; ahora su firma, como usted acostumbra.

LUCAS.—¿Está bien?

APARICIO.—Perfectamente. Ahora usted, Santiago..., aquí..., vaya despacio..., no se ponga nervioso. Eso es.

SANTIAGO.—Estoy sudando, señor cura; la *farta* de costumbre.

APARICIO.—Está bien..., está bien..., la rúbrica..., una raya...; muy bien.

SANTIAGO.—¡Uf! (*Soltando la pluma como un hierro candente.*)

APARICIO.—Ahora, yo. (*Se sienta y firma como un juez, satisfecho de su obra.*) Finis coronat opus. (*Levantándose.*) La enhorabuena, doña Isabel; la enhorabuena, María del Pino.

ISABEL.—No me olvidaré de tu hijo. Críalo en el santo temor de Dios y de los hombres.

CATALINA (*riendo, con los dos bolsos en la mano*).—Por fortuna, es hombre, y no tiene por qué temerles. ¿No es verdad, mi hijo? (*Los testigos ríen serenamente.*)

SANTIAGO (*riendo*).—¡Mardita vieja!

FELICIANO (*en la puerta, los brazos al cielo, voz de duelo*).—¡Ay, mi santa hermana Isabel! ¡Nuestro pobre hermano Juan Bautista ha muerto!

ISABEL.—¡Dios lo tenga en su gloria! (*Se abrazan; después, lentamente, desaparecen; los dos testigos se acercan a la puerta curiosamente. Madre e hija se levantan con el niño en brazos; están junto a la ventana, por donde entra un rayo de luna.*)

CATALINA.—¿Lo ves? Se ha muerto al salir la luna. (*Aferrados sobre el pecho los dos talegos de dinero. Pino ha abrazado, llorando en silencio, al niño, que despierta.*)

APARICIO.—Bueno, váyanse. ¡Hola! Se ha despertado y se ríe. ¿De qué se reirá este angelito? Vaya, mujer, no llores...; ya ves como el chiquillo se ríe. Vaya, formalidad. Ahora a hacer una buena vida..., a seguir el camino que marca la ley de Dios.

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES





PÁGINAS INACTUALES

DE UN CURIOSO GUANTERO...

PUES le han caído a Vm. en gusto aquellas niñerías, yo le quiero enviar con la primera ocasión dos docenas de pares de guantes, la una para hombres, la otra para damas. Será cosa rara enviar de Francia a España guantes; eso es lo que busco: que se conozca que sé yo enviar de donde vivo a otras partes en lo mismo que piensan que allá poseen, ni lo quieren buscar ni conocer; que ya se van haciendo las provincias casi todas a la imitación de la China, que no estiman ni permiten admitir de fuera a nadie. No es donaire, señora, lo de los guantes, aunque haya sido invención mía; que tal lindeza, tal blandura, tal color, tal olorcillo, tal nobleza de guantecillos no se ha visto; que yo aseguro que desde el mayor hasta el menor los celebren, como niñería nunca se celebró. Pero advierta Vm. allá que no son de mi pellejo, porque no les crezca la gana de desollarme más de lo desollado. Suplico a Vm. dé dellos a aquellas personas que me aman, y juren ellos si tiene Antonio Pérez buena elección en conocer pellejos de otros, que del pellejo adentro no es mi sciencia. De las damas, yo aseguro que no falten gracias por la invención de los guantecillos, porque

sin la novedad (muy del gusto dellas) las mereceré por la lindeza dellos. Adviertan bien los que se picasen del gusto de los guantes, que no se hallan en las tiendas, que no todos los saben hacer. Alejandro, que aun para artífice de guantes busco yo Alejandro, los hace solo, y aun es menester entrarle pidiendo guantes de Antonio Pérez. Si mi amo Felipe II los alcanzara, yo creo que no usara de otros, porque son de aquel olorcillo, y mejores en la dulzura, salvo el guante, salvo, digo, el respecto a guante de rey; y que holgara con el guantero, porque era gran persona en buscar artífices de lo que había menester. Tal hacen los reyes que quieren ser reyes, y tal los que no lo quieren ser, según la obra a que se inclinan; porque no hay artífice que obre sin instrumentos, y los hombres no son sino instrumentos, cada cual para cada cual efecto; y así decía no sé quién, y yo lo refiero no sé dónde, que de la elección que hacen los príncipes de personas o instrumentos se ha de hacer el juicio del natural de cada uno y del fin que llenan; como también del paradero, por el camino que cada uno sigue.

ANTONIO PÉREZ

Carta a doña Juana Coello, su mujer.





TEATROS

EN TORNO A “DON JUAN DE ESPAÑA”

Los mitos antiguos eran representaciones impersonales y colectivas. No se proyectaba en ellos, como el cuerpo en su sombra, el alma del individuo, todavía indiferenciado y casi inconsciente de su personalidad, sino la de los pueblos de quienes eran creación y égida. Por eso al mundo contemporáneo le son extrañas las mitologías del Oriente y de la civilización grecorromana; las comprende en toda su belleza simbólica el intelecto; pero no palpita a su contacto el corazón. Son hermosas momias o fósiles de la mente, que la mente explica, pero que nada dicen al sentimiento del hombre actual.

Los pueblos modernos han perdido la apetencia de divinidades colectivas. El olimpo se ha quedado sin dioses. La última gran mitología ha sido el cristianismo, que es el mito de la divinidad absoluta sucumbiendo—como todos los mitos de nuestra época, y ese es su punto de enlace con ellos—a una realidad de valores relativos. El último pueblo que ha intentado revivir una mitología racial del pasado es el pueblo germánico, el menos individualizado de los pueblos, levantándola de su sarcófago al conjuro de la batuta de Wagner; pero desvanecida la magia del primer momento, el público de nuestros días, en Alemania como en el resto del mundo, comienza a ceder al tedio de esa resurrección de héroes y monstruos de una mitología sólo susceptible de movimientos galvánicos.

El hombre moderno exige mitos individuales, representaciones, no de este o el otro pueblo, sino del hombre en su esencia, en sus últimos anhelos. Así

nacen los mitos del Quijote, de Don Juan, del Doctor Fausto y toda la rica mitología shakespereana. El número de creaciones mitológicas en la edad moderna es sorprendentemente reducido. Los héroes literarios son o demasiado locales o demasiado efímeros, y pocos dejan rastro algo duradero de su paso, bien sea porque la gestación de cada una de estas criaturas universales necesita de un laborioso proceso de siglos, para cuajar en una nueva síntesis artística del espíritu humano, bien sea porque la apetencia de ideales arquetípicos, de tipos sobrehumanos o simbólicos, no tiene en el hombre y en la civilización de nuestros días la agudeza que en otras épocas. Dijérase que el hombre contemporáneo no sueña ni crea nada grande porque le solicita y ocupa con exceso la vida social mecanizada de que es prisionera y víctima la suya individual y orgánica. Es tan tiránico el ritmo de la sociedad de nuestro tiempo, que no deja siquiera espacio para detenerse a concebir la tragedia del hombre moderno.

Y, sin embargo, a falta de nuevos mitos, se trata de renovar los antiguos. Este es el caso del Don Juan, que en el breve término de dos o tres años ha logrado varias versiones escénicas y algunos nuevos ensayos de interpretación. El fenómeno es tan curioso y expresivo, que bien merece un breve examen. ¿A qué se debe este prolífico renacimiento de Don Juan, el cual, así como el Cid ganaba batallas después de muerto, renueva incesantemente sus conquistas para el arte desde los infiernos, adonde lo condenó su creador originario? ¿Será porque ninguna de las formas en que hasta ahora ha encarnado posee ese contorno y hábito de universalidad que caracteriza a Don Quijote, a Hamlet y al Fausto de Goethe, haciéndolos insuperables y aún inimitables? ¿O será porque el Don Juan no es más que un mito histórico que necesita, por lo tanto, modificarse al compás de la historia y las mutaciones sociales? Dicho de otro modo: ¿Es una categoría humana eterna, sujeta a eterno conflicto, o está condicionada por circunstancias históricas que, si varían, la pueden también hacer variar y acaso desaparecer un día como símbolo artístico? En esos interrogantes queda formulado todo el problema del Don Juan.

La mayor parte de las creaciones del Don Juan tienen una raíz marcadamente histórica y están sometidas a condiciones de lugar y tiempo. Don Juan es inicialmente un acto de rebeldía contra las normas y costumbres de la Edad Media, troqueladas en un sistema religioso que tiene por fundamento la concepción del pecado original y que siempre ha visto en el amor un sentimiento pecaminoso. Don Juan es el hombre sensual del Renacimiento, el hombre que quiere romper la densa red de obstáculos en que se debate lo espontáneo de su naturaleza, sus instintos y sus emociones. Es el hermano meridional del

LA PLUMA

Doctor Fausto, el otro gran insurgente contra la Edad Media. Sólo que Fausto quiere ser libre en el pensamiento y en la vida; la suya es una rebeldía integral contra todos los límites espirituales y sociales del mundo que aspira a superar. Don Juan, en cambio, es un díscolo de poca o ninguna cabeza; el pensamiento no le estorba y no hay para él conflicto de la mente; es un hombre fisiológico y a lo sumo sentimental, y en este plano es donde Don Juan se entrega a una anarquía sin freno. Su drama es el de un pagano que aspira al amor absoluto, infinito en sus variedades y accidentes, y cae en conflicto con un tipo de sociedad en que el amor está regido severísimamente por una alianza implacable de la monogamia y el catolicismo; un deseo sin límites que busca la materia donde realizarse en un mundo moral de muy limitadas posibilidades.

Se comprende que este amoralista hallara poca simpatía en su primer creador y en los inmediatos imitadores, que toman partido contra Don Juan y lo arrojan a los infiernos en castigo a su perversidad, para alivio de tanto crimen y tanto honor mancillado. Pero ya en Molière, aunque siga la tradición de despedirle a los infiernos, bien se advierte en toda la obra una recóndita simpatía por Don Juan frente a los pretendidos fueros de una sociedad burlada, singularmente en las palabras finales que pone en boca de Sganarelle, rezumantes de ironía. Dice así el acomodaticio sirviente: «¡Ah!, ¡mi soldada, mi soldada! He aquí satisfecho a todo el mundo con su muerte. Cielo ofendido, leyes violadas, muchachas seducidas, familias deshonoradas, padres ultrajados, esposas dejadas en mal lugar, maridos empujados al extremo: todo el mundo está contento; sólo yo soy desgraciado. ¡Mi soldada, mi soldada, mi soldada!» Con esta conclusión humorística supera Molière el concepto medioeval del Don Juan.

Conforme pasan los siglos, este conflicto del deseo con la sociedad se atenúa, y Don Juan desgasta poco a poco su coturno trágico. En ciertos países no se concibe hoy el Don Juan de la tradición, y ha habido un dramaturgo, Bernard Shaw, que ha hecho en *Hombre y superhombre*, la caricatura del donjuanism, presentando al nuevo Don Juan seducido y sojuzgado por una mujer. Acaso el mito futuro esté destinado a desenvolverse en Doña Juana. Históricamente, el Don Juan tradicional no se comprende sino en la linde entre la Edad Media y la Moderna. Es inexplicable en Atenas o Roma, o en el París o Berlín de nuestro tiempo, y mucho menos explicable en la Polinesia o cualquier otro país de costumbres sexuales poligámicas o promiscuas. En suma, el mito de Don Juan, en tanto que conflicto del deseo ilimitado con sociedades que, por conveniencia o peculiaridad ética, lo limitan, no tiene valor univer-

sal ni eterno, y no pasarán muchos siglos sin que sea tan incompresible—salvo bellezas particulares de forma—como los libros de caballería.

Pero hay otra interpretación del Don Juan que busca en este héroe no el conflicto de su deseo con la sociedad circundante, sino de su deseo con la imposibilidad física o espiritual de darle plena satisfacción: es la comedia íntima del donjuanismo. De esa limitación fisiológico-sentimental del deseo ha hecho Schnitzler su *Anatol*, el «frívolo melancólico», como él se denomina a sí mismo, moderno Don Juan de medio ambiente fácil, demasiado fácil. Y de la limitación espiritual del amor ha construido José Ortega y Gasset un tipo de Don Juan que acaso no corresponda a ninguna de las creaciones existentes: es algo así como un Don Juan imaginario a quien mueve una especie de idea arquetípica o platónica del amor, que deja un sedimento de desilusión y amargura al quedar corta de contenido, en su ilimitado molde, la realidad específica de cada mujer. Como se ve, este Don Juan del exégeta español es un Don Juan algo metafísico, y más bien se asemeja al Fausto germánico que al burlador de Sevilla. De todos modos, este Don Juan de desilusiones íntimas—deseo o ensueño sin límites frente a limitadas posibilidades o a decepcionadoras realidades—es el único que puede servir de valor eterno de arte.

¿Cuál es el Don Juan que busca esta renovada fermentación del mito? ¿Es una reacción contra esa podre literaria que tiene por tema exclusivo el amor medular sin conflicto externo ni interno? ¿Es un intento de idealización o dramatización de un tema que ha descendido a la mayor torpeza inartística? Dejemos por hoy a un lado las reencarnaciones de Don Juan en Francia y en Alemania, y atengámonos al *Don Juan de España*, del Sr. Martínez Sierra. ¿Qué novedades de forma o concepción se incorporan en este resurgimiento de Don Juan? La novedad más notoria es la de desenvolver la obra en una serie de escenas sin más nexo entre sí que la de tener de común a Don Juan y su criado. Esta novedad aparece también en el *Anatol*, de Schnitzler, compuesto asimismo de siete escenas independientes y unidas por Anatol, el protagonista, y algunas veces por su amigo Max, encarnación del sentido común. Análoga técnica usa el propio Schnitzler en otra de sus obras, *Reigen* (Rueda), que ha sido el escándalo literario de estos últimos años en los países de lengua alemana; al escribir estas líneas se está viendo en Berlín un proceso por inmoralidad, contra la obra, ¿Es involuntaria la coincidencia técnica del Sr. Martínez Sierra con Schnitzler?

Fuera de eso, *Don Juan de España* pertenece a lo más viejo del teatro. Se parece al *Don Juan* de Molière en que ambos están escritos en prosa; pero ahí

LA PLUMA

san las semejanzas. La segunda escena, que acontece en Flandes, cuando Don Juan irrumpe por una ventana y se encuentra a poco con una muchacha de la casa, recuerda el comienzo, que se inaugura de igual modo, de una comedia de Bernard Shaw, *Arms and the man*. Pero sería ocioso perder el tiempo rebuscando analogías e influencias. Lo importante del Don Juan del Sr. Martínez Sierra es que no se parece a ningún otro Don Juan de ningún tiempo en algo críticamente muy considerable: en que no agrega nada personal, ni de forma ni de concepto, al mito donjuanesco. El Don Juan del Sr. Martínez Sierra no es de los que terminan yendo al infierno. Le acontece algo peor: se arrepiente y se hace fraile, como cualquier pecador vulgar de los siglos medios. No tiene nada de común con el Don Juan clásico ni con Fausto, que superan, sin derrota interior, el medievalismo. El Don Juan del Sr. Martínez Sierra cae al final en el concepto teológico del amor, a pesar de las proclividades comunistas del firmante de la obra. No se aproxima a ningún Don Juan moderno, ni por la melancólica fatiga fisiológica ni por el desencanto espiritual; ni se emparenta con ningún Don Juan clásico por el conflicto externo. Las escenas parecen o películas cinematográficas o vulgares melodramas. Sobre todo, la aparición intermitente de la Muerte es una grotesca artimaña a la cual no se le ve ningún sentido.

Pero lo que más sorprende es el arrepentimiento del inverosímil personaje. Se explica que se metiese fraile arrepentido de sus tiradas retóricas, que son algo así como un saldo de todos los lugares comunes que vienen rodando por la literatura española de estos últimos veinte años; no hay una frase original, no hay una palabra sugestiva, no hay un pensamiento que merezca tal nombre en toda la obra. Mas ¿cómo arrepentirse de que con tal pobreza mental y cordial y con tal misérrimo bagaje literario se le rindan mozas que, a juzgar por esa prueba, carecen de todo discernimiento y ambición amorosa? No es suya la culpa, y si el Sr. Martínez Sierra no nos dijera, bajo su palabra, que su Don Juan es un burlador terrible, no podríamos creerlo ateniéndonos sólo a su discurso y compostura.

Una última observación: el tropiezo literario comienza en el propio título, pues *Don Juan de España* es un cercenamiento, más que una dilatación, del mito. Lo fascinante del Don Juan clásico es que, siendo de origen español, adquiere pronto carta de ciudadanía universal; como que es, según queda dicho, la representación amorosa del hombre del Renacimiento, hermano meridional del Fausto. Pero al Sr. Martínez Sierra le enoja, por lo visto, que Don Juan se haya universalizado y en su obra le archiespañoliza, haciéndole rezador, su-

persticioso y al final, fraile. Lastimosa manía esta de querer empequeñecer lo que de por sí se ha hecho grande, para satisfacción nacionalista. Más le hubiera valido al Sr. Martínez Sierra crear un gran Don Juan, moderno y eterno, español y universal, en vez de esa alfeñicada, falsa y vacía criatura, que sólo puede mantenerse en pie a fuerza de lindas bambalinas y sólidos, valiosos muebles. Pero a nosotros no nos interesan las representaciones escénicas en que los protagonistas se llaman Decoración y Mobiliario. Para eso preferimos visitar una casa de comercio donde se puedan ver buenas exposiciones de ese linaje de arte industrial.

LUIS ARAQUISTAIN





LETRAS FRANCESAS



UNQUE ha llegado octubre, no se ha producido todavía la floración de libros nuevos que en otros tiempos se observaba en esta época del año. Es que a buen número de novelistas, la adjudicación de los dos premios anuales, el premio Goncourt y el premio de la *Vie Heureuse-Femina*, que se verifica en diciembre, les hace retrasar la salida de sus obras. No sólo temen que los Jurados los olviden, si los lanzan demasiado pronto; organizan, además, mediante maquinaciones hábiles, ciertas maniobras postrimeras; combinan las apariciones fulgurantes de las novelas, declaradas obras maestras y arrojadas al mercado pocos días antes de la proclamación de los premiados; en suma: es todo un sistema de maquinaciones que no tienen que ver nada con la literatura y pertenecen sólo a la estrategia.

Dadas esas condiciones, es innecesario subrayar hasta qué punto los premios adjudicados con tal estruendo son nocivos para los autores y para la literatura en general. Falsean el gusto, desorientan las vocaciones, imponen al público un determinado género, y, sobre todo, introducen en la zona de las letras costumbres propias de la Bolsa o del «turf», en verdad deplorables.

Dicho esto, echemos una ojeada rápida a las primeras obras que aporta la temporada.

Una de las más curiosas es una novela nueva de M. Maurice Renard, *L'Homme truqué*.

M. Maurice Renard es el único escritor francés que, en el género de la novela científica a lo Wells, ha conseguido imponer ciertas obras: *Le Dr. Lerne, sous-dieu*, *Le Voyage immobile*, y *Le Peril bleu* son novelas notables dentro de un género cultivado, con harta frecuencia, por medianías.

Ya es sabido que la novela científica es una obra de imaginación pura, construída con elementos tomados a las nociones científicas, pero falseando voluntariamente alguno de ellos. Ese error voluntario, ese toque del artista en la realidad científica es lo que constituye la «novela» propiamente dicha y en lo que consiste el atractivo y el misterio del relato.

Ejemplo: las nociones relativas al espacio, aplicadas al tiempo, permiten al novelista imaginar una máquina que explore el tiempo como se explora el espacio, marchando hacia atrás en lo pasado y hacia adelante en lo futuro, y tal es *La máquina exploradora del tiempo*, de Wells.

Se comprende que con un poco de imaginación, de lógica, y con cierto bagaje científico, los novelistas tienen reservado en ese género un campo de explotación inmenso. Se comprende también que ese género haya nacido ayer, y por qué habiendo nacido tan tarde le aguarda una fortuna inmensa en este siglo de vulgarización a todo trance.

M. Maurice Renard tenía las dotes necesarias para triunfar desde el primer momento: mucha audacia en las facultades imaginativas, cierto sentido de lo fantástico y una educación científica fuerte que le permitía no aventurarse a la ligera. Sus obras están trabadas sólidamente, tienen cimientos resistentes y se elevan con holgura en el cielo de la fantasía. Léase *L'Homme truqué*, y, junto con un trabajo de preparación no disimulado por completo, se advertirá el singular hechizo de esta asombrosa historia que hubiese hecho las delicias de Edgard Poe. Imaginad que a un ser humano unos cirujanos le extirpan los ojos, sustituyéndoselos con electroscopios, y empalmándole, por no sé qué artilugio, el nervio óptico a los aparatos extrasensibles a la electricidad.

¡Qué asombroso mundo, qué universo extraño se presenta de pronto ante los «ojos» del fenómeno! Ya no ve las formas de los seres ni de las cosas, sino las exhalaciones eléctricas que recorren el universo. Asiste a una insólita función de rayos multicolores, de cascadas de efluvios, de regueros violetas, rojos o purpúreos, y surcos luminosos. Se abre ante él un universo encantado, una inverosímil fantasía como no la inventaría el pintor más amante del color.

Ya se ve cuánto partido puede sacar un poeta, un novelista, de semejante premisa. El libro de M. Maurice Renard es notable por la concepción y la ejecución.

En otro género de novela no debe omitirse la mención de *La bouteille de whisky*, de M. René Bizet; el autor percibe muy bien lo pintoresco y la vida. Más restricciones habría que buscar a *La dernière auberge*, de M. Martial Piéchaud. El comienzo es notable. Se ha comparado sus páginas a los me-

LA PLUMA

jores paisajes de *le Curé de Village*, de Balzac, y es verdad que hay en ellas escenas impresionantes por su grandeza y sobriedad. Pero después el novelista se extravía, y nos extravía en un dédalo de aventuras más o menos novelescas, que no pasa de ser una mala imitación del género Pierre Benoit.

Ese «último albergue» es el arrepentimiento de que habla Baudelaire:

Et le repentir même (oh! la dernière auberge!)...

Se trata de un oficial que ha cometido un robo para seguir llevando una vida muy poco edificante, y que va a su casa de familia, en provincias, solitaria, encantadora, a estafarles a su madre y a su tía cierta cantidad de dinero. El contraste entre aquel gozador y lamorada silencios a donde se cobijando pobres corazones de mujer, es hábil y está bien tratado. M.^o Martial Piéchud, que ya estrenó una obra en el Odeón, no carece de facultades para la escena, y conduce la novela con el saber de un hombre de teatro. Quizá va un poco lejos por ese camino, y haría bien en lo futuro restringiendo la acción en provecho de la psicología.

M. Ernest Seillière, uno de nuestros críticos más enterados de cuanto atañe al romanticismo y a sus orígenes, acaba de publicar un grueso volumen dedicado a Jean-Jacques Rousseau, estudiándolo en todos sus aspectos: filosófico, clínico, romántico y novelesco. Cuantos se interesan por la literatura francesa del siglo XVIII habrán de leer este libro. En M. Ernest Seillière hay siempre rastro del médico, del clínico, que discute un caso; pero el médico habla muy bien, dice cosas muy justas y pronuncia un diagnóstico siempre muy inteligente.

En fin: he de hablar aún de un libro excelente de M. Léandre Vaillat, titulado *Le décor de la vie*.

M. Léandre Vaillat es, de nuestros jóvenes críticos de arte, uno de los más modernos y más audaces. No se para en fórmulas rancias, aunque sabe, cuando se presenta ocasión, juzgarlas y comprenderlas muy bien, como en el libro que ha hecho sobre *Perroneau* o el de *La Société du XVIII.^e siècle et ses peintres*. Se especializa en lo tocante al arte decorativo moderno, y la serie de artículos que publica en *Le Temps* sobre ese tema no es menos digna de nota que los que escribe en *l'Illustration*.

Bajo el título evocador de *Le décor de la vie*, ha estudiado sucesivamente todo cuanto nuestro gusto y nuestras tendencias modernas podrían embellecer, restaurar, renovar en la casa, en el libro, en el mueble, en la tapicería y en la

orfebrería. En suma: quisiera vulgarizar la teoría de Ruskin, y no desperdicia ocasión de aplicar sus ideas. Se ve que está en acecho de cuanto se intenta en ese sentido. Su libro contiene, en resumen, cuantas innovaciones se han hecho en ese orden, así como indicación de muchas más que podrían hacerse.

* * *

Si los libros se emperezan estos dos últimos meses, no puede decirse lo mismo de los teatros, si bien los espectáculos que hasta ahora nos han ofrecido son de calidad muy mediana.

La prensa se ha entusiasmado a propósito de *La Gloire*, de M. Maurice Rostand; el estreno fué un triunfo. No sabemos si el público ratificará ese juicio, pero por nuestra parte lo hallamos muy exagerado. La idea de un hijo abrumado por la gloria de su padre, y que no consigue liberarse de la «sombra de las estatuas», como dijo M. Georges Duhamel, ha sido tratada varias veces por el propio M. Maurice Rostand. Diríase que le ronda. El desarrollo, en esta obra, es mediocre. Son tres actos trasijados, reducidos a tres monólogos, como si dijéramos, una especie de *Noche*, de Musset, larguísima. No carecen de aliento poético y de vuelo; pero los versos recuerdan demasiado el género Edmond Rostand, y suenan desagradablemente en el oído, como si fuesen de esos juegos «a la manera de...» Esa imitación perpetua de la literatura paterna acaba por lastimar.

El teatro del *Vieux Colombier*, que ordinariamente suele estar mejor inspirado, nos ha ofrecido un drama bastante vano y que recuerda la estética del antiguo Teatro Libre. *La Fraude* pone en escena la vida de los contrabandistas en los confines de Bélgica y Francia; hay en ella tipos vigorosamente pintados, pero la acción tira a melodrama trivial. La obra no contiene nada nuevo, nada verdaderamente moderno.

La reprise de *Amants*, de M. Maurice Donnay, nos ha servido para comprobar que esta obra, muy bella, no ha envejecido. Oyéndola, se da una cuenta de la influencia que ha ejercido en los autores dramáticos franceses contemporáneos. Por tal motivo, es probable que *Amants* quede inscrita en los anales de la historia literaria. Ocupará un lugar análogo al de *Amoureuse*, de M. de Porto-Riche, que condiciona todo el teatro de estos últimos veinticinco años. Añadiré que la obra, en sí misma, es deliciosa, de ingenio parisino neto, puro y certero.

En la Comedia Francesa se disponen a conmemorar el tricentenario del natalicio de Molière, representando todas sus obras, y han comenzado por *les*

LA PLUMA

Facheux. Digan lo que quieran algunos periódicos, la obra ha sido admirablemente puesta y muy bien representada; pero ni los directores ni los artistas tienen la culpa de que *les Facheux*, que era simplemente una revista, resulte para la posteridad una obra aburrida, puesto que alude a sucesos y personajes ahora desconocidos. Es una curiosidad literaria, no una obra. Consignemos, no obstante, que la Comedia Francesa ha hecho muy bien en ponerla, y que ese teatro está fundado precisamente, en parte, para espectáculos de ese género.

El Teatro de *l'Oeuvre*, cuyo inteligente esfuerzo no será nunca bastante alabado, tras de darnos nuevamente los *Acreedores*, de Strindberg, nos da a conocer la *Danza de muerte*, del mismo autor, nunca representada en París. Fué una verdadera revelación, y, digámoslo, un éxito muy bueno. Una vez más el teatrillo de M. Lugne-Poë ha conseguido un triunfo. Es la sola escena, con la del *Vieux-Colombier*, donde un pensamiento nuevo puede encontrar cobijo e intérpretes el arte nuevo.

JULES BERTAUT



LIBROS Y REVISTAS

Ramón María Tenreiro.—*El loco amor.*—Ediciones de LA PLUMA.

No quisimos los editores de esta primera serie de novelas cortas y cuentos establecer de antemano un criterio riguroso, al que hubieran de atemperar el intento propio los novelistas, para lograr la unidad de tono conveniente a la colección. Confirmando el propósito iniciado con nuestra Revista, esperábamos obtener la norma preceptiva de estas publicaciones, no de un prejuicio académico, pero de una obra ejemplar. *El loco amor*, de Ramón Tenreiro, nos justificará de hoy más ante el lector, mejor que toda la retórica que pudiéramos esgrimir en abono de nuestra tendencia.

Un impulso inconfundible caracteriza desde luego al poeta—lírico, dramático o novelista—, cuyo temperamento creador le señala en el número de los elegidos para interpretar, para expresar, generalizándolos, los sentimientos humanos: la propensión a abordar los temas eternos. El amor y la muerte son los motivos generadores de esta novela: el loco amor, «pariente de la llama» que todo lo aniquila, cual ya cantaba el Arcipreste Juan Ruiz; la muerte, por la que Tristán e Iseo perdieron el mundo y el mundo a ellos. Ahora bien, las doctrinas, las escuelas, las reglas, los estilos literarios, redúcense, en último término, a dos maneras de tratar esos grandes temas; una manera clásica en que la disposición exterior, la trama, la intriga, el argumento, el escenario, obedecen a un canon inmutable—mito, leyenda, historia—los personajes de la fábula están definidos por los atributos que la tradición les confiere, y la fantasía del poeta se ha de ejercitar imaginando en tales abstracciones sentimientos actuales, es decir, dotándolas de una sensibilidad acorde con la del lector; otra manera, romántica, por la que el poeta logra con la pintura viva de un suceso trivial, o frívolo, o, cuando más, desusado en el ambiente vulgar en que se produce, cierta transcendencia universal que lo equipara en significación a un símbolo de epopeya. En este sentido, y no porque evoque ninguna época, pintoresca por pasada, *El loco amor* es una novela romántica.

No es Tenreiro un improvisado en la literatura, y mucho menos un improvisador. Movido de un vago afán de arte muy fin de siglo XIX, le tentó en años.

LA PLUMA

juveniles el estudio de la música, y a Alemania fué a tal intento. Presto halló, sin embargo, el camino propicio a su actividad, y reduciéndola a límites más adecuados a su vocación natural, dióse por entero a asidua labor de crítica literaria, completada con traducciones cuya variedad denota su atención alerta a las voces de fuera más significativas—Fogazzaro, Jørgensen, Hebbel—, refundiciones, ediciones de clásicos españoles, y novelas cortas, culminantes en *El loco amor*, recién editado por nosotros. No es un improvisado ni un improvisador, y por ello su originalidad no da reflejos de talco ni *últimos gritos*. Su procedimiento de novelar no se cifra en receta cocinada más o menos hábilmente, sino que responde por modo lógico, sin violencia, a la severa educación en que ha ido depurando el gusto personal, cimentado en un neoclasicismo goethiano, oreado por los vendavales de las modernas revoluciones literarias, e incommovible a las asechanzas de los ecos de las modas. Su prosa, derivada del naturalismo *central* de la novela contemporánea, adapta fácilmente la cadencia y el ritmo familiares al lector español a la expresión de los movimientos del ánimo de sus personajes, cuya pasión fatal se justifica siempre por sí misma, sin que haya menester el autor intervenir a disecarlos, antes bien, dejándolos vivir y morir, víctimas de un destino implacable, a merced, no del rayo de Júpiter, mas de los azares de una existencia labrada por oscuros heroísmos.

Los sentimientos, los instintos personificados en los protagonistas de *El loco amor* no adolecen de esa inflexibilidad que las más veces suele suplantar a la evidencia, a cuenta del necesario sostenimiento de los caracteres en sus rasgos esenciales; ni menos del caprichoso desvarío con que los profesionales de la novela psicológica tuercen, de tan sutiles, el curso natural de las emociones. Ramón Tenreiro nunca coarta la libertad de sus héroes con ningún propósito moralizador o estético que prejuzgue, imprimiéndola un rumbo arbitrario, la acción de la novela. Los más encontrados afectos se explican precisamente por la sinrazón violenta que los resuelve en sus contrarios; y así, el odio del hijastro se trueca en el amor incestuoso, y el puro beso maternal, en el abandono de la mujer al amante. La ponderación de elementos dramáticos, el clarooscuro del fondo, la distribución de las figuras secundarias en la perspectiva general, van graduando el interés en un *crescendo* apasionado hasta el final trágico. Verdadero poeta, ha sabido el autor encauzar la inspiración propia a la captación del lector, con tal espejo de la vida en la ría gallega donde el pueblo de Somonte se mira.

C. R. C.

* * *

J. Moreno Villa.—*Patrañas.*—Madrid, Caro Raggio, 1921,

Más le cuadraría el título de Rarezas o Rincones oscuros, Las patrañas son meras fantasías inverosímiles, ejercicio imaginativo de pastores: *fábulas pastorales*. No se tome a pedantería tal observación, sino como báculo para llegar al sentido de este librito encantador.

Son trece relatos, trece teclas, cada una de las cuales suena a una pasión o a un anhelo. Hay notas suaves como en «La cama de plata» o «La manía deli-

cada»; las hay violentas y rechinantes: «La noche de los malatos» o «La neutra». Por todo el libro corre un mismo propósito de hacer minería o excavación sentimental, de entrar donde no llega la vista o la sensibilidad corriente. En esas regiones del subsuelo humano hay también aire mal respirable y no se sale de ellas muy contento. Así es de grave y silencioso el tono de estas *Patrañas*, que a veces rozan lo trágico.

Por sí sola esa cualidad no constituiría un rasgo fuertemente original, ya que, por ejemplo, la novela rusa nos tiene habituados a caminar por sendas mal trilladas del espíritu. Pero nuestro autor es español y tiene un estilo. A través de esos dos cedazos, la sustancia cosmopolita que hoy vaga por todas las literaturas se convierte aquí en fina materia personal.

Estimo española la preocupación ética, a veces atormentada, que brota de algunos cuentos: «Enigma y clave», «La bestia», etc. Aunque se inicien audacias acá y allá, el fondo es de estameña. Una de las frases que más me dan el temple del libro es ésta: «Tu amigo no nos ha hecho reír esta noche; pero se ve que tiene estilo y bizarría en lo serio como en lo divertido.»

Y era verdad, aquello no lo hace más que un andaluz o un inglés.

El estilo de *Patrañas* es siempre un bello planear. El autor se acerca a todo, y cuando temeríamos una rozadura trivial, una sobria selección le mantiene en su sitio.

Lo más grato para quien lea con atención *Patrañas* es su desdén por lo sin importancia. Y al encontrar al mismo tiempo un fuerte sabor a playa mala-gueña, es natural que miremos esta obra de Moreno como una revelación más de lo que puede dar, sublimado, el espíritu andaluz.

AMÉRICO CASTRO

* * *

Manuel Ugarte.—*Poesías Completas.*—Barcelona, Casa Editorial Maucci.

Aunque el señor Ugarte en el prólogo de su libro insiste en diferenciar las dos épocas correspondientes en su actividad poética a las *Vendimias Jovenes*, publicadas ya en 1907, y a *Los jardines ilusorios* de hoy, la misma inspiración corre de la primera página a la última, aun escritos los versos que componen el volumen «en épocas diferentes, bajo estados de alma contradictorios». Cree el señor Ugarte que «poesía es transparencia de alma, ingenuidad emotiva, pureza sentimental», y que «la belleza no está en el verso, sino en el alma». Estas vendimias juveniles no marcan en su vida literaria «más que un *a côté*. En los tiempos de lucha porque atravesamos, el hombre se debe casi más a la justicia y a la verdad, que al ensueño y a la belleza. Su arma es la prosa flexible y ágil.» En cierto modo, pues, el señor Ugarte parece situarse en el mismo punto de vista de los hombres de acción que en las postrimerías del siglo pasado se preguntaban si la poesía estaba llamada a desaparecer. No quiere esto decir que los versos del señor Ugarte no sean en todo momento fáciles, graciosos, ligeros, musicales. Fáltales a sus poemas, a nuestro entender, un impulso inicial, la convicción de que las artes en general y la poética en particular no son sino problemas de *expresión*. No la pureza de los sentimientos, sino

LA PLUMA

la manera de expresarlos es lo que distingue al artista del *amateur*. Comprobamos nuestra opinión en una estrofa del poema «La barca», el mejor de la colección para nuestro gusto:

«Fué en el dormido lago,
cuyas aguas el Sol tiñó de fuego.
Al caer el crepúsculo
se detuvo la barca sin barquero,
y en el fino silencio de la tarde,
que amparaba el latir de los ensueños,
difundiendo sus círculos de gloria
vagó la flor inmaterial del beso»,

donde no ya la sinceridad del sentimiento, sino la sencilla gracia con que se manifiesta, le prestan emoción poética. El señor Ugarte, como poeta, más que contemporáneo de Darío, parece un precursor en que la sensibilidad de los últimos románticos españoles, templada por el cultivo de la antítesis campoamorina de *Doloras* y *Humoradas*, acusara no pocos atisbos del gran sacudimiento que renovó la lírica española con los inspirados injertos aportados por el gran americano.

C. R. C.

* * *

Guillermo Jiménez.—*Constanza.*—Rafael Caro Raggio, editor, Madrid.

No es novela, cuento, memorias, ni biografía, sino limpia, clara, suave evocación de una figura querida, cuyos rasgos acusados por la muerte, perduran nimbados del halo inmaterial del recuerdo puro. El escritor no narra, no nos pone en antecedentes, contempla una sombra amada, y ni a cantar se atreve. Diríase que por rehuir todo artificio, se complace en rememorar en voz queda los divinos instantes del simple paso de una madre por la conciencia de su hijo. *Constanza*, más que un retrato, es una tierna elegía en cernida prosa, un breve poema, en estrofas sin elocuencia ni pompa, cuyo ritmo no se vierte en música exterior alguna.

C. R. C.

* * *

Revistas.—*Mercure de France*, París.—*Le Progrés Civique*, París.—*La Connaissance*, París.—*La Revue de l'Époque*, París.—*Vida Nuestra*, Buenos Aires.—*Athenaeum*, Zaragoza.—*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.—*Le Crapouillot*, París.—*Belles Lettres*, París.—*Cultura Venezolana*, Caracas.—*Die Aktion*, Berlín.—*Pegaso*, Montevideo.—*Cuba Contemporánea*, La Habana.—*Babel*, Buenos Aires.—*Poesía ed Arte*, Ferrara.—*España y América*, Cádiz.—*Hermes*, Bilbao.—*L'Art Libre*, Bruselas.—*Ça Ira*, Amberes.—*La Ronda*, Roma.—*La Nouvelle Revue française*, París.—*Índice*, Madrid.